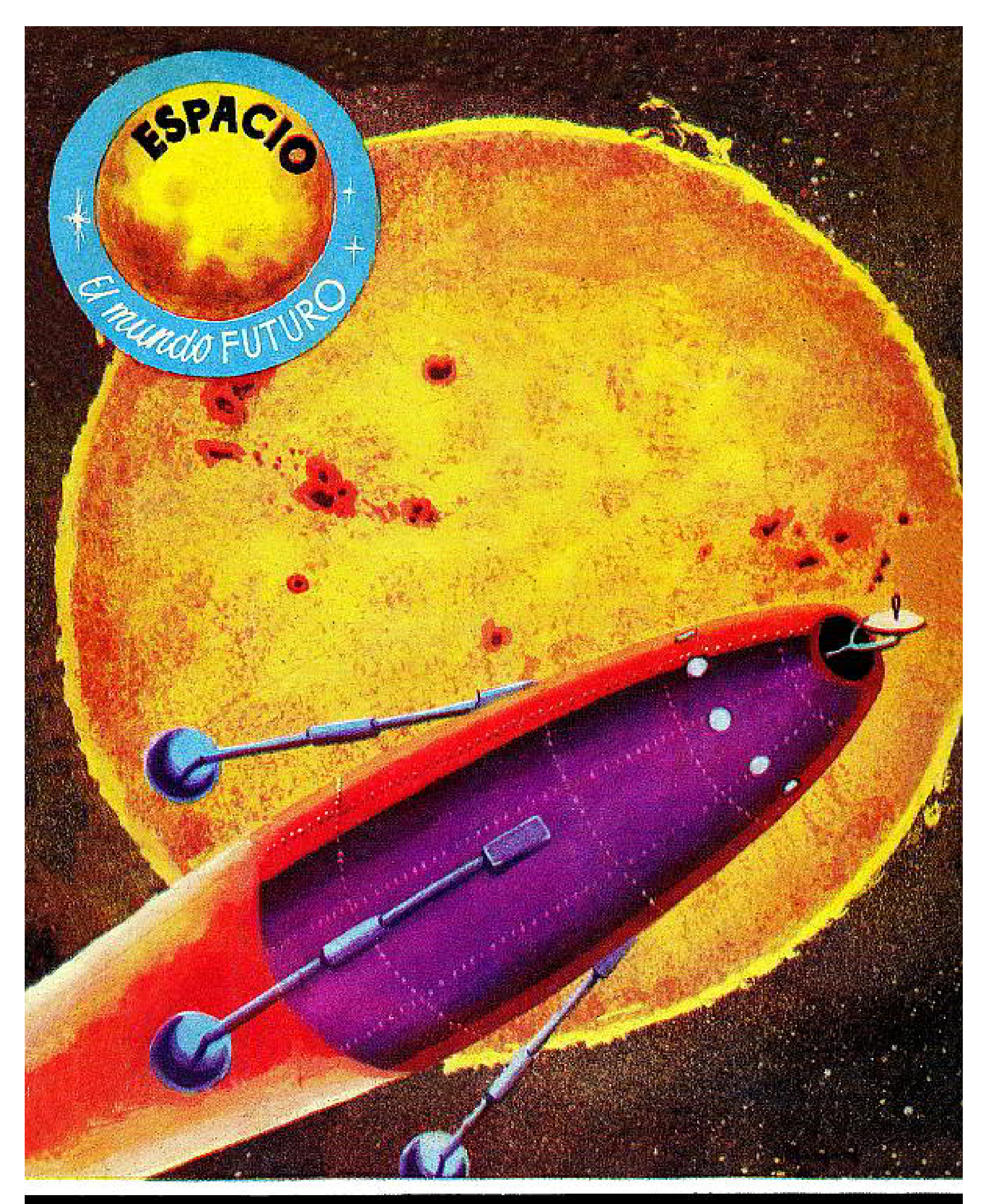


¡VIAJE AL SOL!

JOHNNY GARLAND

Nadie supo cómo empezó.

Pero allí estaba. Era un riesgo espantoso, que amenazaba por igual a todos los hombres, pueblos y razas…

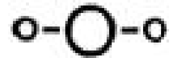
Aún estaba demasiado cercano el recuerdo de la pavorosa Guerra Mundial, la III de la Era Moderna. Veinte años son pocos para rehacerse de un caos como aquél…



Johnny Garland

¡Viaje al sol!

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 228



ePub r1.0
LDS 28.12.18

Título original: *¡Viaje al sol!*
Johnny Garland, 1960
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Era el primer ser viviente que había llegado a intentarlo… ¡El primero que lo hacía, el primero de todos los hombres que emprendiera tan loca e increíble aventura! Ya no podía retroceder. Sólo le quedaba un camino: seguir adelante…, siempre adelante.

Hacia aquella gigantesca y alucinante esfera roja, flamígera, que se agrandaba por momentos ante sus ojos desorbitados, mientras el calor, el mismísimo calor de los infiernos, penetraba por la incandescente forma metálica del vehículo espacial, perforaba su equipo refractario, empapaba su piel de un sudor denso y ardiente… Los visores antisolares apenas si servían ya de algo. Su graduación de sombra alcanzaba el máximo. Y, sin embargo, una luz que de tan roja y llameante era casi blanca, hería sus ojos, abrasaba sus pupilas… Cerró los ojos, con las manos agarrotadas sobre los mandos. Pero era inútil. Aquella luz lacerante atravesaba los párpados con la misma violencia implacable…

Se preguntó por qué estaba allí… Para que había ido hasta el fin de aquella aventura sin posible resultado.

La enorme y aterradora bola flamígera cubría ya todo el cielo. De su cromosfera surgían enormes, centelleantes, indescriptibles llamaradas. Prominencias de fuego ingentes, cientos de veces mayores que el planeta Tierra…, apenas si eran chispazos sobre la esfera roja del Sol.

Porque así era. Aquel mundo alucinante, sin posible vida, era el astro solar. Y él había emprendido el inaudito y jamás realizado… ¡VIAJE AL SOL!


¡VIAJE al SOL!

CAPÍTULO PRIMERO

¿SUPLANTACIÓN?


adie supo cómo empezó.

Pero allí estaba. Era un riesgo espantoso, que amenazaba por igual a todos los hombres, pueblos y razas…

Aún estaba demasiado cercano el recuerdo de la pavorosa Guerra Mundial, la III de la Era Moderna. Veinte años son pocos para rehacerse de un caos como aquél…

Y justamente se cumplían veinte años del armisticio, tras la horrible parte final de la contienda.

Veinte años de aquel aciago y a la vez esperanzador año de 1998. Esperanzador porque, tras el desastre mundial de la guerra nuclear y de los horrores que la energía atómica desencadenó por torpeza y soberbia del hombre, se confiaba en que el siglo XXI se iniciara con un nuevo período de prosperidad, de fe en el amor y en la paz, de fraternidad entre los hombres de una Era mejor y más

perfecta.

Veinte años no hacen olvidar, ciertamente. Pero ayudan mucho a curar heridas, borrar cicatrices, a reconstruir, sobre los muñones de una guerra, nuevos miembros llenos de vitalidad que otro futuro caos terminará, indefectiblemente, por aniquilar también.

Así, aquel año 2018 comenzó como todos los anteriores. Solamente significaba el vigésimo aniversario de una paz que todos esperaban fuese eterna.

Pero «aquello» estaba allí. Había estado durante mucho tiempo ya. Y entonces dio señales de vida. Se desarrolló como un tremendo cáncer…

Nadie supo cómo. Nadie tenía la menor idea de ello. Pero ocurrió. Estaba empezando a ocurrir… y todavía no había un solo hombre capaz de advertir a los demás.

Nadie… hasta que fue demasiado tarde.

* * *

ALDO KANE
Investigación terrestre y espacial.
Moderno sistema técnico-científico al
servicio de la investigación privada.

Aquel rótulo sobre la puerta electrónica de acceso a la vivienda y oficina de Aldo Kane hubiera resultado sinceramente asombroso para las personas de cualquier época anterior a 2018. Por ejemplo, los terrestres de 1960, sólo medio siglo atrás, hubieran abierto unos ojos como platos, pese a que vivieron en una era relativamente avanzada y progresista, diciéndose que en tan poco tiempo el mundo había evolucionado demasiado de prisa.

Porque entonces un investigador privado, un vulgar detective, era un tipo vulgar, que practicaba una profesión vulgar y poco honrosa. Ahora, en el 2018 todo era distinto. Y Aldo Kane podía presumir de ser un investigador notable. Un hombre que a su perfecto dominio de las habilidades detectivescas, a un cerebro despierto y ágil como sus propios músculos, bien entrenados y

ejercitados, unía una gran preparación técnica y científica.

Los descubrimientos humanos en una carrera vertiginosa por dominar el espacio, antes y después del caos mundial bélico, desatado por la soberbia de los gobernantes, habían hecho que el hombre pisara Marte, Venus y la Luna con relativa facilidad. La Luna era algo dominado desde mucho tiempo atrás. Desde allí se lanzaron los proyectiles interestelares teledirigidos, sobre ciudades y ejércitos, en el quinto año de la III Guerra Mundial.

Luego, cuando llegó la paz, la Luna dejó de tener valor estratégico. Se colonizó el satélite de la Tierra, y la Federación de Estados Mundiales logró enviar cohetes al espacio. Cohetes que llegaron a Marte y a Venus.

Los resultados fueron decepcionantes para los soñadores, para los que siempre habían sostenido la pluralidad de los mundos habitados. La utópica teoría de los famosos «marcianos» se vino abajo.

Existió vida en Marte. Y vida inteligente, a no dudar. Pero las ruinas, los rastros hallados bajo la vegetación de enormes selvas, o bajo el fango de grandes pantanos revelaron que el marciano había dejado de existir como ser viviente de la Creación desde hacía dos o tres siglos, por lo menos.

Venus no fue más esperanzador. Un mundo pantanoso, triste y nublado, en cuya atmósfera abundaba el dióxido de carbono, solamente habitado por animales de una fauna extraña y cefalópoda, se ofreció a los desencantados ojos del hombre.

Y el hombre regresó a su mundo; único habitado del Sistema Solar, según todas las apariencias. Marte y Venus, esperanza de los científicos e investigadores convencidos de su vida inteligente, habían dejado de significar apenas nada.

Pero se estaba empezando a colonizar Marte, como se proyectaba hacerlo con Venus. El Departamento Mundial de Investigación del Espacio planeaba ya enviar nuevos cohetes espaciales a Júpiter, a Saturno, incluso a Urano y Neptuno más adelante. Y, tal vez, después, a otros astros fuera del Sistema Solar, a las lejanas e inaccesibles estrellas.

Todo esto creaba nuevos problemas sociales, nuevas leyes y formas de existencia. Aldo Kane era un producto de ese nuevo orden de cosas. Su profesión, la de investigador terrestre-espacial,

algo natural, derivado de las circunstancias. En vez de un automóvil, objeto completamente anacrónico y en desuso, poseía una pequeña aeronave, capaz para cinco personas. Esta aeronave, propulsada por un motor nuclear, era el vehículo ideal para el hombre de su época. Tan capaz de trasladarle a cualquier punto del globo, a cualquier altura, en escasos minutos, como de emprender viajes espaciales, con el control especial de «supervelocidad», que llegaba a permitir un desplazamiento fulgurante por el vacío, hasta reducir los viajes interplanetarios a una duración de escasas horas.

La «Star», como Aldo Kane llamaba a su nave, era tanto un vehículo urbano como intercontinental o interplanetario. Él, el investigador, también era algo así. Un hombre capaz de desplazarse adonde fueran precisos sus servicios. Los delitos, los crímenes, las bajezas humanas, continuaban existiendo. Quizá existirían siempre, por mucho que la vida evolucionase. El mundo y su existencia podían cambiar, pero jamás el ser humano.

Aldo Kane se sentía, pues, orgulloso de sí mismo. Le gustaba su trabajo, y le gustaba ser, en cierto modo, un defensor de la Ley.

Su despacho u oficina era una moderna estancia de muros metálicos, grandes vidrieras hasta el techo, asomadas a los jardines artificiales de la ciudad. Muebles estilizados, pantallas visoras y proyectores de imagen, televisófono interior y exterior, y cuanto precisaba para su tarea.

Kane se encontraba sentado ante su mesa con tablero de vidrio, suspendido en el aire por columnas invisibles, magnéticas. Al lado opuesto, tenía una butaca de espuma de goma y aire, de color azul, para sus visitas profesionales.

Ahora, en la butaca, se hallaba sentada una mujer.

Era hermosa, de cabellos rubios, casi blancos, ojos muy azules y grandes, de expresiva luminosidad, y tez pálida y tersa. Su traje era de sedaminio, ceñido al cuerpo. Lucía anillo de oro marciano, muy brillante. Era una dama casada, a pesar de su juventud y su rostro de ingenua dulzura.

Aldo Kane la estudió desde su asiento. Destellaron los ojos oscuros del joven investigador. Se hurgó pensativamente en los negros cabellos rebeldes con la punta de su lápiz magnético de escritura automática.

—¿De modo que es usted la señora Kelhov? —preguntó

lentamente—. Su apellido no es muy corriente. ¿Familiar del profesor Kelhov?

—Su esposa.

Aldo parpadeó un instante. Luego asintió en silencio, y observó con mayor interés a la mujer. Kelhov era una notabilidad científica, un prohombre de su época. Peter Kelhov, a pesar de ello, era un hombre joven. Pero no tanto como para ser el marido de aquella muchacha joven y atractiva. Si ella contaba veinte años, él sobrepasaría los cincuenta. A juicio de Aldo, demasiada diferencia de edad.

—Entiendo —dijo finalmente, venciendo su primera sorpresa, y tras el nuevo examen de su cliente—. ¿Qué clase de problema es el suyo, señora Kelhov?

—Uno bastante complejo, señor Kane —ella se humedeció los rojos labios, echando la rubia cabeza hacia adelante—. Me ha costado mucho trabajo decidirme a venir. Jamás recurrí antes a… a un investigador.

—Sí, siempre es embarazoso —sonrió, para alentarla—. Pero a veces se hace necesario. Si lo que desea es algo que no quiere llegue a conocimiento de su esposo, puede confiar en mi discreción más absoluta, señora.

—Gracias. Sin embargo, yo no guardo secretos a mi esposo. Son precisamente los secretos de él, los que hoy me traen aquí.

Kane preguntó:

—¿Quiere explicarlo más claramente, por favor? ¿Qué es lo que espera exactamente de mí?

—Que encuentre a mi marido, señor Kane.

Aldo la estudió con evidente sorpresa. Cada palabra de la dama parecía un resorte para disparar la extrañeza ajena. Tras una leve pausa, el investigador observó:

—¿Es que ha desaparecido?

—Sí. Ha desaparecido. Sin dejar el menor rastro.

—Explíquese, por favor. Si su esposo ha desaparecido realmente, éste es más un caso para el Departamento Científico del Estado, ¿no cree? Es miembro de ese Departamento oficial. Y un miembro notable y valiosísimo, si no me equivoco.

—No se equivoca. Es en realidad miembro de la Comisión del Espacio, dentro del Departamento Científico de la Tierra. Casi

siempre está de un lado para otro, en las Bases de investigación.

—¿Ahora se encontraba de vacaciones, o acaso sin un trabajo específico a realizar?

—No, señor Kane. Hace unos días recibió orden de acudir a la Base Tres en la Luna. Ya sabe, la última colonia terrestre en el satélite…

—¿Y su esposo fue?

—¿Ahora está allí?

—Oficialmente, sí. Ocupa su puesto en la Base
Tres-Luna.
Como es habitual, me envía su mensaje telefónico cada veinticuatro horas.

—¿Y usted recibe esos mensajes?

—Sí. Cinco días hace que partió. Y cinco son los telefonemas enviados.

—Entonces… —Perplejo, Aldo volvió a rascarse los cabellos con su lápiz—. La verdad, señora Kelhov, me esfuerzo por comprenderla, y no lo logro. Si él está allí, en Base
Tres-Luna,
y usted recibe cada día sus mensajes, sin novedad… ¿qué mil diablos quiere que haga yo?

—Ahí está precisamente el quid de la cuestión, señor Kane —ella habló con profunda inquietud. Sus ojos brillaban excitados—. Yo he recibido esos telefonemas, escritos en la cinta receptora del teléfono de mi casa. Yo he leído en ellos que todo va normalmente allá arriba, en la Luna. Que se acuerda mucho de mí, que pronto terminará su trabajo en la Base, y nos reuniremos, si no surge nada nuevo… pero…

—¿Pero…? —insistió Aldo Kane, desconcertado, pendiente de su voz, de su gesto.

—Pero ese hombre que me telefonea desde la Luna, «no es mi marido». «¡No es el auténtico profesor Kelhov!».

Aldo se echó atrás en su asiento de aire. Respiró hondo, empezando a ver más claro, a pesar de las tinieblas que rodeaban las palabras extrañas y desconcertantes de Dorian Kelhov, la esposa del prohombre de la Ciencia.

Reinó el silencio durante un minuto, acaso más.

Ella respiraba entrecortadamente. Estaba muy pálida y movía las

manos con nerviosismo, sobre su breve falda de sedaminio. Sus bonitas piernas se entrecruzaban, inquietas.

El primero en hablar de nuevo fue Kane:

—¿Está… totalmente segura de lo que dice?

—Por completo. Jamás me sentí más segura de nada.

—¿Lo ha comunicado así al Departamento para el que trabaja su esposo?

—Naturalmente. Fue lo primero que hice.

—¿Y ellos qué dijeron?

—Se rieron de mí.

—¿Sin comprobar siquiera la aseveración suya?

—No. Lo comprobaron antes. Luego es cuando comenzaron las burlas.

—Ya. —Aldo la miró empezando a sentirse preocupado. Si los funcionarios del Departamento Científico Terrestre la habían atendido correctamente, para después rechazar con escepticismo su denuncia, es que algo marchaba mal en aquello. Acaso fuera la señora Kelhov quien marchaba mal, aunque no lo pareciese—. ¿Quiere decirme por qué supone usted que el hombre que envía los telefonemas al teletipo de su casa no es su esposo? ¿En qué funda tal idea?

—Sé por dónde va, señor Kane —dijo ella fríamente—. Piensa como los funcionarios del Departamento: que yo estoy loca.

—Por Dios, yo no…

—Sepa esto, señor Kane. Ellos no han creído nada de nada de cuanto les dije. No han podido comprobar la veracidad de mis temores, y se burlan de mí. Posiblemente usted tampoco pueda confirmar que estoy en lo cierto. Es más, tal vez llegue incluso a considerar que miento, porque el resultado de sus pesquisas será negativo. Pero ¿es que cree que iba a acudir a un investigador privado, si no estuviese en esta situación? ¿Imagina que todo es fácil, que basta una ojeada superficial a los hechos, una denuncia por vía oficial, y todo resuelto? No, señor Kane. Es algo mucho más complejo y grave, ya se lo dije antes. Va a necesitar una gran dosis de credulidad y de fe para aceptar seriamente mi caso. Y mucho más para resolverlo. Pero si continúa pensando que mi cerebro no rige bien, será mejor que lo dejemos. Me marcharé, buscaré a algún otro que pueda ayudarme y, si no lo encuentro… no sé lo que haré.

Pero haré algo, no le quepa duda.

Se incorporaba para marcharse. Rápido, Kane la detuvo con un ademán.

—Por favor, señora Kelhov —pidió con firmeza—. No se vaya aún. La he pedido datos, hechos que me expliquen su caso. Tiempo habrá luego de discutir. Admito que su asunto me ha empezado a volver escéptico. Pero no es menos cierto que la escucharé con la mayor atención. Puede comenzar: ¿cómo ha descubierto lo que afirma?

—Muy sencillo. Mi primera sospecha fue cuando advertí que en ninguno de sus mensajes utilizaba un término que siempre empleó sin excepción. En sus noticias, anteponía invariablemente esto: «Mi ingenua y querida Dorian». Era una forma burlona pero cariñosa de dirigirse a mí. Jamás lo utilizó desde la Base
Tres-Luna.

—No es una razón de peso, compréndalo —sonrió Kane—. Hay momentos en que las graves preocupaciones le fuerzan a uno a olvidarse de pequeños detalles domésticos. Y es evidente que su esposo tiene muchas y muy graves preocupaciones…

—Ya pensé en eso, señor Kane. Pero mis dudas estaban en el aire, y traté de confirmarlas. Entonces, le pregunté en un mensaje algo íntimo, familiar. Un pequeño asunto casero… Le recordé su trabajo de jardinería en nuestro rosal artificial, y le expresaba mi seguridad de que pronto podría volver a terminarlo, en el macizo que se dejó sin hacer. Respondió que ya faltaba poco, y que el rosal quedaría perfecto entonces.

—¿Y bien? No veo nada especial en esa respuesta, señora.

—No lo tendría…, si no fuese porque Peter jamás supo nada de jardinería, nunca tocó unos rosales, y ni siquiera tengo jardín en casa, ni lo tuve nunca.

Aldo Kane silbó entre dientes. Hizo un ademan con las manos.

—Admito que es una baza a favor de su teoría —observó—. Pero podría interpretarse también como la aceptación de una broma, prolongándola con otra.

—Peter nunca haría eso. Tiene un sentido del humor muy especial. Por otro lado, hay un tercer incidente que, a mi juicio, cierra el asunto sin lugar a dudas. Cuando recibí esa respuesta, mis temores crecieron. Quise hacer la última y definitiva prueba. Nada,

en los textos, me recordaba el estilo y modo de hablar o escribir de mi marido. Pero también pensé un poco como usted. Quise salir de toda duda. Entonces me referí al dinero. Le dije que con la cantidad que me dejara al marcharse, no podía resolver ciertas cosas urgentes, y esperaba diese orden de hacerme un pago, a la Oficina Económica correspondiente. Recibí el dinero al día siguiente, con una nota suya, en teletipo también, diciendo que esperaba pudiera resolver la cuestión con el giro hecho.

—¿También había algo anormal en eso?

—Sí, señor Kane. Yo manejo en casa el dinero. A Peter le causa horror hacerlo, y administro nuestro capital. Él sabía positivamente que yo, con el dinero de que dispongo, puedo afrontar mucho más que un caso urgente. No somos millonarios, pero poseo suficiente fortuna para vivir hasta el final de mis días, y dejar un buen capital a nuestros hijos. ¿Comprende usted?

—Comprendo, señora. ¿A pesar de eso le envió dinero?

—Sí. Un anticipo sobre sus pagas próximas. Algo que jamás haría él, ni yo pediría. En la Oficina de Pagos se extrañaron mucho…

—Creo que es la prueba más decisiva de todas —observó pensativo Aldo—. Ese hombre, o no es su esposo, o, si lo es, está trastornado por algo.

—Nada puede trastornar tanto a un hombre, como para llegar a ese punto.

—¿Ha pedido ayuda al Departamento, y dice que se han reído de usted? ¿Por qué?

—Les dije que el hombre que estaba en la Luna y me enviaba mensajes, no era Peter Kelhov. Se resistieron a hacer nada, pero finalmente enviaron un mensaje al Centro Controlador de la Base Tres-Luna.
Hubo respuesta.

—¿Cual fue esa respuesta?

—Un informe completo de los trabajos de Peter, su número de control, una telefoto de su tarjeta metálica de identificación… y la propia telefotografía animada del hombre que está allí, con la reproducción de sus huellas dactilares.

—¿Y bien?

—Las huellas eran las suyas, la tarjeta también, el número lo

mismo… y la telefotografía era la de Peter Kelhov, ciertamente. Al menos, la de un rostro exactamente igual.

—Entonces…

—Eso convenció de mi error al Departamento. Todas las pruebas de sus registros fueron positivas, sus comparaciones dieron siempre igual resultado. Dijeron que era Kelhov, y nadie más que Kelhov en persona.

—Usted misma ha dicho que la telefoto era suya. Además habrá gente en la Base, compañeros de trabajo que le conocerán personalmente, que hubieran advertido cualquier anomalía…

—El personal de esa Base es nuevo. Nadie conoce allí a Kelhov. Todo parece en orden, todo correcto, científica y mecánicamente cierto…, hasta su físico, detalle por detalle. Pero hay algo en un hombre, señor Kane, que puede engañar a todos, menos a la mujer que le conoce más a fondo, la que convive con él… Yo vi esa telefoto. Yo vi que el rostro, los ojos, el cabello, todo, en fin, era de él. Que en nada se diferenciaba de mi marido…, pero «supe», nada más verle en la pantalla, que aquel hombre no era mi marido.

Capítulo II

¡Peligro!


sí se hizo cargo Aldo Kane del «caso Kelhov».

Parecía un cuento de hadas o una fantasía de mujer celosa, enamorada o demente.

En el Departamento Científico no la habían hecho caso. Las comprobaciones automáticas de un riguroso y frío sistema de control, que evitaba infiltraciones de todo género dentro del escogidísimo personal de aquella organización, vital en la existencia humana de entonces, habían sido negativas para la denuncia formulada.

Y, sin embargo, allí estaba ahora Aldo Kane, un joven e intuitivo investigador privado, haciendo más caso de las confesiones histéricas de una mujer joven, bonita, y al parecer profundamente enamorada de su marido, que al mecanismo complejo y exacto de

una sociedad organizada y mecánica como pocas, donde el error humano era infinitamente difícil e improbable.

Marcia Hanley le escuchó con el más profundo de los silencios, cuando Kane apareció en su despacho a referirle la historia de Dorian Kelhov, la esposa asustada.

Marcia era algo más que una auxiliar y eficiente secretaria de Aldo, en los asuntos profesionales de la Agencia Informativa. Era, además, una muchacha encantadora, bella y sugestiva como pocas. Y de una inteligencia fuera de lo común, sobre todo en mujeres bonitas y jóvenes.

Kane sentíase tan compenetrado con ella, que la trataba más como a una amiga que como a subordinada que era. Marcia correspondía a eso con un afecto no carente de respeto, y un gran interés por todo cuanto preocupaba a su jefe.

—¿Qué le parece el asunto? —interrogó Kane a la joven, después de haberle referido todo.

—Muy oscuro. Admitiendo que ella podía estar en un error, primero por esas equivocaciones del hombre que dice ser su marido, ya que todo sabio es siempre distraído y propenso a rarezas, y segundo por ser falsa su corazonada o presentimiento de que el hombre de la telefoto no es Kelhov, usted no se arriesga mucho al hacerse cargo del caso, ya que todo quedaría en un juego absurdo e inocente, por el que cobraría sus honorarios, sin importarle el ridículo de la señora Kelhov al descubrirse la verdad.

—¿Y si fueran ciertos sus temores?

—En ese caso, el asunto sería muy grave. —Marcia inclinó la cabeza de cabellos rojos, y sus rasgadas pupilas verdes reflejaron preocupación—. Un hombre capaz de una suplantación así, es algo muy serio. Podría ser peligrosísimo…, porque suplir a un hombre como Peter Kelhov significa que alguien está detrás de secretos científicos vitales. No pararían en obstáculos con tal de llegar a su objetivo, sea éste cual sea.

—Sé a lo que me expongo, pero he aceptado. Ahora lo que querría es su criterio, su impresión del asunto.

—No sé, jefe, porque soy mujer y puedo dejarme influenciar —desvió sus ojos hacia las grandes vidrieras asomadas a la blanca y metálica ciudad, la gran capital, Metrópolis A., de la Federación de Estados de la Tierra. Fulguraba, hermosa y gigantesca, bajo el sol.

Sus edificios, como plateadas agujas erguidas al cielo, albergaban hasta treinta y cinco millones de habitantes. Tras un silencio meditativo, la hermosa Marcia continuó con su grave acento—: Pero también yo tengo corazonadas… y la de ahora es ésta: si la señora Kelhov ama a su marido, si le conoce a fondo y es inteligente como parece…, entonces tiene razón.

—Y en ese caso… ¿quién es el suplantador de la Base Tres-Luna?

—Me parece, jefe, que eso es preguntarme ya demasiado —sonrió ella, con su boca carnosa, grana—. Si fuera tan fácil responder a la incógnita, es posible que la señora Kelhov no hubiera encargado de su caso al famoso Aldo Kane, orgullo de la investigación privada…

—También es verdad —suspiró Kane—. Gracias de todos modos, Marcia. Por la ayuda… y por ese elogio inmerecido que me dedica. Lo tendré en cuenta cuando me pida aumento de sueldo.

Marcia soltó una carcajada musical de cristalina vibración.

—Es usted imposible —confesó, risueña—. Pero me gusta más verle así, que preocupado por el problema que ha de resolver.

—De todos modos, estoy preocupado. —Aldo metió las manos en los bolsillos de su pantalón ceñido de seda plástica. Dio unos pasos con la cabeza inclinada—. Ante todo, voy a ir a la Luma. Si algo he de averiguar sobre Kelhov y su supuesta suplantación, ha de ser allí mismo, donde él está. Conozco de hace algunos años a Lumek, el «Coordinador» de la Base. Allí, aparte del mando militar, él es una primera autoridad. Estoy seguro de que me ayudará a estudiar de cerca a Kelhov, y sacaremos alguna conclusión.

—¿Va a utilizar el «Lunar» de pasajeros, o tomará su propia aeronave?

—Creo que utilizaré la mía. Es más rápida, y no preciso, hacer las dos escalas de las Estaciones del Espacio Uno y Dos, entre la Tierra y la Luna. Saldré esta misma tarde, Marcia.

—¿Quiere que le acompañe?

—No, creo que no es necesario. Prefiero hacerlo solo, Marcia. Usted cuide de la oficina en mi ausencia, y acepte solamente los casos importantes, de alguna trascendencia. La señora Kelhov pagará bien estas investigaciones. No necesitamos dividir nuestros esfuerzos con otros problemas serios.

—Sí, jefe —ella se mordió el jugoso labio inferior, con sus dientes, menudos y muy blancos—. Le deseo mucha suerte. Sinceramente, jefe…

—Ya lo sé. Gracias, Marcia —la dio un leve y afectuoso cachete en la mejilla, y ella enrojeció; pero esto no pareció advertirlo Aldo, que se encaminó a la salida con aire despreocupado—. Voy a preparar el equipaje más indispensable. Creo que mañana estaré de regreso de la Luna, si todo va bien.

Marcia asintió, pensativa, sin quitar sus ojos de las anchas y atléticas espaldas de Aldo Kane. Cuando éste hubo salido, ella suspiró apagadamente, e inclinó de nuevo la cabeza sobre su archivador electrónico. Pulsó un botón, siguiendo su trabajo. El archivador zumbó, comenzando de nuevo a clasificar fichas y datos recopilados.

Esos datos y fichas fueron pasando ante los ojos distraídos de Marcia Hanley, que siempre se quedaba un poco abatida e inquieta cuando su jefe emprendía un caso difícil.

Ella no sabía la razón, no atinaba a descubrirla. Pero había algo extraño en aquel asunto. Algo que no acababa de gustarle. Se preguntó si, bajo la aparente sencillez de una alucinación de la señora Kelhov, o de una suplantación delictiva, perfecta hasta el punto de engañar a todos, excepto a su esposa, no se ocultaba algo mucho peor de lo que a simple vista parecía.

—¡Qué tontería! —se dijo para alejar de sí la preocupación:

Pero, a pesar de ello, no lo consiguió en absoluto.

* * *

Bajo la pequeña nave, aguda de proa como un rojo proyectil centelleante disparado hacia los cielos, la superficie blanca, granulada y fría, apareció como un yermo desierto, fantásticamente socavado por cráteres sin fuego, por rastros de enormes convulsiones que petrificaran sobre la faz esférica un extraño mundo de rugosidades «mares» de sombras y volcanes extinguidos, sin fuego y sin humo.

La luna se extendía ya a los pies del solitario tripulante del «Star», el aerocohete personal de Aldo Kane. La roja nave del espacio perforaba el vacío como una bala, dirigida por los fáciles

mandos que el investigador aferraba entre sus firmes manos, con la pericia fruto de su experiencia en el mando del vehículo planetario.

Planeó sobre el Mar de la Fecundidad y el Mar de la Tranquilidad. Sonrió, examinando la amplia sombra de este último. Si su memoria no le flaqueaba, la Historia decía que allí, por vez primera, el ser humano clavó un objeto artificial, teledirigido, allá por el lejano año 1959. El «Lunik II» perforó la superficie lunar, muerta y en reposo durante siglos, como clarín de anticipo al momento en que se posó el pie en su superficie, cosa de diez años después.[1]

De eso hacía mucho tiempo, pensó Kane, contemplando las cúpulas de metal plastificado transparente, que centelleaban al sol, entre el Mar de la Serenidad y el Lago del Sueño, en su zona sur occidental. Aquélla era la Base Tres de los terrestres, en la Luna. Una quimera en los siglos pasados. Una realidad en el siglo XXI. El hombre en los demás mundos. La planta humana sobre suelos extraños, colonizados ya. Las mayores maravillas dejaban de serlo un poco al convertirse en realidad. Algo así debieron de sentir los hombres del siglo XV cuando Cristóbal Colón descubrió las tierras americanas. El misterio, el prodigio de aventurarse en mares ignotos, cuyo fin, según la superstición popular era el abismo infinito, dejó de serlo para transformarse en realidad tangible, al alcance de otros.

Sobrevoló la amplitud sombría del Mar de la Tranquilidad, hacia Posidonius, rodeó el gran cráter de ese nombre y planeó limpiamente sobre las pistas de blanco cemento instaladas en la Luna.

Desde que planeara sobre el satélite terrestre había accionado los resortes de estabilización gravitacional, y el cohete, adaptado a las condiciones límpidas del inexistente aire lunar, y a la menor fuerza de atracción lunar, se posó en la Luna como si estuviera haciéndolo sobre terrenos del planeta Tierra.

Deslizóse la nave escarlata, igual que una aguda saeta roja, centelleante a la viva luz solar, reflejada por las yermas tierras lunares, y una compuerta automática se abrió en el caparazón hemisférico de acero plastificado que formaba la cubierta transparente e irrompible de la Base.

La nave fue absorbida por la gran corriente succionadora,

movida desde el interior, para facilitar las maniobras de los aparatos con destino a la Luna. La «supervelocidad» del cohete de Aldo Kane había bastado para surcar el espacio Tierra-Luna en menos de cinco horas. Ahora la noche invadía ya la tierra de azules sombras. En el hemisferio visible de la Luna, el sol era vivido, intenso, deslumbradoramente bello, sin la oposición de las capas atmosféricas.

Aldo se ajustó la escafandra de respiración artificial al traje espacial, provisto de botas gravitatorias, el calzado que, graduado su peso total según la gravedad del planeta que pisara, impedía flotar a los hombres en sus exploraciones interespaciales.

Kane graduó la gravedad de su cuerpo y también el paso del aire respirable por los tubos autogeneradores de su traje. El cohete acababa de posarse en una amplísima sala o nave dotada de enormes cúpulas translúcidas. Había otras muchas astronaves, en hileras cuidadosamente dispuestas, sobre bandas magnéticas de metal movible.

Kane saltó al exterior, abriendo su carlinga. Dos mecánicos, con la insignia de la Luma, y el número de la Base sobre sus «monos» blancos, corrieron hacia él. No llevaban cascos ni escafandras, y por señas le indicaron que no era preciso dentro de la Base Lunar, como hasta hace poco ocurriera.

—El aire interior de todas las dependencias está graduado perfectamente —indicó uno de ellos—. Puede despojarse de la escafandra, señor… ¿Es turista o viajero oficial?

—Viaje oficial —mostró su credencial fotoeléctrica—. Quiero ver al señor Lumek.

—¿El «Coordinador»? —El otro asintió—. ¿Tiene concertada visita?

—No. Pero me recibirá de todos modos. Somos amigos.

—En ese caso, sígame, señor.

Aldo Kane lo hizo así, dejando aparcado a su aerocohete junto con los demás de la Base
Tres-Luna.
Un aeroascensor les llevó hasta la Torre Centro, donde se hallaba lo que pudiera llamarse el Gobierno o Delegación terrestre en la Base.

* * *

Lumek era un hombre fornido, de cabellos grises, expresión inteligente y recias mandíbulas, sombreadas por una barba azulada, muy cerrada.

Recibió a Aldo Kane mientras dictaba unos teleradiogramas a su secretario. Éste se presentó a Kane, diciendo llamarse Slade. Era delgado, bastante joven y con lentes adheridos a los globos oculares. Su cabello ralo, rojizo, se erguía como un cepillo, rematando la cabeza, levemente alargada sobre el enjuto y simpático rostro.

—Mi querido Kane —saludó Lumek a Aldo, tras estrechar con fuerza su mano—. Siéntese, muchacho. Me ha dicho Slade que quiere verme por un asunto estrictamente privado, pero que puede tener gran trascendencia oficial, si se confirma. ¿Qué es ello?

—Ante todo, Lumek, quisiera saber si podemos hablar aquí con absoluta confianza —sonrió ante el gesto sorprendido y algo resentido de Slade—. Y está claro que no me refiero a su secretario, sino a la posibilidad de ser oídos por alguien que haga correr el rumor de lo que aquí se hable.

—Entiendo. —Lumek sonrió, haciendo una seña a su secretario —. Slade, por favor, cierre los controles de aislamiento. Vamos a hablar de cosas privadas. Conozco a Kane lo suficiente para saber que él dice que algo es secreto, tiene sus razones.

Slade sonrió, más tranquilo, pidió excusas a Aldo por haber pensado que pudieran desconfiar de su discreción, y maniobró en unos botones. Zumbaron unos mecanismos ocultos. La puerta y las ventanas de la oficina del «Coordinador» se cubrieron con unas contrapuertas deslizantes, metálicas, herméticas a todo sonido.

—Ahora ya puede hablar Kane —dijo Lumek, cruzando sus fuertes y musculosas manos—. ¿De qué se trata? ¿Algún sabotaje o algo parecido? ¿Se sospecha que haya irregularidades en alguna parte?

—No lo sé aún. En realidad, estoy persiguiendo un poco a una sombra vaga, inaprehensible. La señora Kelhov me ha denunciado un caso. Y yo quiero ver a su marido, el profesor Kelhov para comprobar, algo…

—Entiendo —como decepcionado, Lumek respiró hondo y dejó caer las manos, inclinándose hacia Aldo Kane—. Mi querido amigo, me produce usted una auténtica desilusión.

—¿Yo? ¿Por qué?

—No le creí capaz de perseguir una tontería ni una chifladura de una mujer que ve visiones. Kelhov sigue siendo, naturalmente, el mismo Kelhov que fue antes. El que yo he conocido dos años antes de ser destinado a esta Base, y el que llegó aquí, para trabajar en los proyectos científicos oficiales. Todo está bien, todo es correcto. La señora Kelhov sueña, mi querido Kane. Vuelva a la Tierra y dígale que se haga examinar por un alienista. Es el mejor remedio a su «misterioso caso».

Aldo Kane meneó la cabeza, asintiendo. Pero con cierto escepticismo.

—Para eso siempre hay tiempo, Lumek —observó—. Lo que yo quiero es saber a ciencia cierta que está en un error, Y poderle presentar pruebas concretas de ello.

—¿Quiere más pruebas? —Lumek agitó sus manos, con gran elocuencia—. Las huellas dactilares son las suyas, la fotografía, el análisis especial fisiológico; en fin, todo coincide. Yo admito la existencia de «dobles» perfectos de cualquier ser humano, o de audaces operaciones de cirugía plástica, capaces de convertir una cara en el duplicado exacto de otra. Pero no puedo admitir que nadie repita unas huellas digitales ni un estado orgánico y fisiológico clínicamente igual, en fichas archivadas electrónicamente. Es imposible, Kane. Lo dicen todos. Médicos, inspectores de Policía del Espacio, y todos los demás.

—Muy bien, Lumek. Yo creo en la frialdad matemática de todos esos datos. Ahora bien, existen factores que no podemos controlar por la pura ciencia de identificación. Cosas personales. Es muy raro que una mujer, al parecer normal, asegure que un hombre «idéntico» a su esposo no es su esposo. Reconoce que en todo «parece serlo»…, pero no lo es. Yo he llegado a dudar. Me quedaría tranquilo viéndole personalmente, reconociéndole por mí mismo. Pero, naturalmente, sin que él sospeche mi intención y motivos.

—Bueno, Kane. Ya que insiste, no le negaré ese capricho —pulsó un botón de un complicado cuadro de mandos de su mesa—. Verá a Kelhov. Pero Kelhov tiene mucho trabajo ahora en el Pabellón Científico. Le concedo diez minutos. Ni uno más. ¿Cree que será suficiente?

—Creo que sí.

—¿Y qué excusa le dará para encubrir sus auténticos motivos?

—Cualquiera. Diremos que soy un reportero de la televisión mundial. ¿Puede proporcionarme una cámara tomavistas de televisión?

—No existe más que la del Departamento de Información Luna-Tierra, y no creo oportuno solicitarla. A los operadores de esa sección no les gusta cederla. Pero creo que tengo algo útil para usted —se puso en pie, y salió del despacho por una puerta lateral. Regresó con una cámara de tres objetivos, aparentemente tridimensional y pancromática—. ¿Esto puede servirle?

—Sí. —Aldo, la contempló, intrigado—. Pero es una cámara tomavistas, ¿no?

—Lo es…, en cierto modo —rió el «Coordinador», de la Base Tres-Luna —. Toma películas en color y relieve, ciertamente…, pero no una fotografía normal, sino captada a través de un foco de luz infrarroja. Eso da fotografías o película a través de los rayos X. ¿Entiende?

—Seguro. —Aldo también rió—. Todo lo más que obtendré de Kelhov será su esqueleto, ¿no es eso?

—Eso es.

Aldo dudó.

—Pero ¿no reconocerá el profesor esta cámara?

—No. No es de su especialidad, y además pertenece a un nuevo modelo. Ni siquiera se fijará, puede estar seguro…, reportero Kane.

Aldo volvió a reír, tomando la fingida cámara tomavistas, en realidad una captadora de imágenes a través de rayos X.

—El reportaje no será muy atractivo, pero, al menos, no me negará que va a ser original —comentó, riendo todavía.

* * *

Aldo Kane respiró hondo, devolviéndole la cámara a Lumek.

—Tenía usted razón —dijo Aldo cansadamente—. Gracias, sin embargo. Lo he intentado, y ahora sé que es totalmente imposible considerar a ese hombre un falsario.

—Me alegro que se dé cuenta —asintió Lumek. Ahora estaba solo en el despacho, sin la presencia su fiel Slade. Dejó a un lado la

cámara infrarroja—. ¿Qué pruebas hizo para comprobar que ese hombre es el único y auténtico Kelhov?

—Tenía un registro magnetofónico de su voz, un registro facial fotomicroscópico, y muchos medios más, gracias a fotografías y películas obtenidas en la Tierra, antes de venir a la Luna. Todo coincidió exactamente con Kelhov. No hay error posible. Ni existe posibilidad humana alguna de reproducir tan exactamente a ser alguno. Ni siquiera siendo hermanos gemelos, idénticos en todo, existiría ese parecido imposible.

—Muy bien. Ya puede volver y decirle entonces a la señora Kelhov unas cuantas cosas. —Lumek rió entre dientes—. Es una lástima que una mujer joven y bella como esa dama tenga manías así. Puede ser fatal para su cerebro… A propósito Kane, ¿se tragó Kelhov la historia de que usted es un reportero de la televisión?

—Al parecer, sí. Es un hombre muy astuto, y no se fía de nadie. Responde a todo cautamente, y sus ojos parecen perforarle a uno cuando mira. Pero me dio la impresión de que se creía mi historia. Además Lumek, me he ejercitado mucho en un autocontrol mental que aísle mi mente de cualquier don telepático, hoy frecuente por desgracia o por suerte, y mis auténticos pensamientos se aíslan, no permitiendo que nadie los capte por muy telépata que sea. Si Kelhov posee ese don, no creo que haya logrado ahondar en mí, y ello le habrá convencido de mi aparente sinceridad.

—Es usted un demonio, Kane —confesó, admirado, el «Coordinador»—. ¿Fingió fotografiarle?

—No sólo lo fingí, sino que oprimí el disparador. Habré obtenido un reportaje realmente original y exclusivo de nuestro amigo Kelhov.

—Seguro —soltó Lumek una risotada—. Puede llevarlo a la tierra y ofrecerlo a los verdaderos reporteros de la TV. Estarán encantados de presentar en sus pantallas la radiografía animada y en color y relieve del profesor Peter Kelhov. Incluso puede que se haga rico con ello.

—La riqueza no me tienta. —Aldo Kane se encogió de hombros —. Puede quedarse usted con los preciosos huesos de Kelhov.

—¡En eso me da una idea! —saltó Lumek, repentinamente serio —. ¿Por qué no hacemos una última y perfecta comprobación para identificar sin género de dudas a Kelhov?

—¿Cuál?

—La de su esqueleto, hueso por hueso. Si esa comprobación coincide, estaremos ante un caso palpable, evidente. Ni la señora Kelhov ni nadie podrán discutirnos la personalidad real del profesor.

—¿Tiene usted archivado el estudio infrarrojo del profesor?

—Sí. —Lumek se puso en pie—. Venga conmigo, muchacho. Lo resolvemos en un par de minutos. Y podrá llevarse a la Tierra el informe bien completo, sin lugar a dudas ni discusiones de ninguna clase.

Kane asintió:

—De acuerdo. Vamos allá.

Ambos se encaminaron a la puerta del fondo, la misma por la que se fuera Lumek para traer la cámara infrarroja, y se adentraron por un corredor metálico, hasta que el «Coordinador» de Base Tres-Luna abrió una puerta lateral, la cuarta a la derecha.

Era una especie de cámara-archivadora, con los muros repletos de cajones metálicos empotrados, rotulados con cifras y letras de orden interior, sin duda en una clave especial, sólo comprensible al propio «Coordinador» y su personal de confianza. Lumek abrió un cajón con las siglas DWL-83-01, de la que extrajo unos carretes de film.

—Vamos a hacer la comprobación —sonrió, oprimiendo un pulsador del muro.

Un papel metálico giró, ocultando las hileras de cajones cifrados. Se ofrecieron a los maravillados ojos de Kane cuatro pantallas iguales, en «luminoplast», dispuestas para proyectar. La diestra mano de Lumek situó tras una de ellas el carrete cinematográfico que extrajera del archivo, encajándolo en el proyector interno, situado tras la pantalla luminescente.

Se limitó a abrir la cámara tridimensional, utilizada por Aldo en su farsa, para extraer el rollo fílmico, revelado y positivado por la «cámara robot», que todo tomavistas poseía, y la aplicó a la pantalla inmediata a la anterior, gemela de ésta.

Luego, a una pulsación de Lumek sobre un nuevo resorte que sólo él conocía, se oscureció la sala. Comenzó a proyectarse el

documental número uno, o sea, el del archivo. Luego, como sincronizado automáticamente, surgió en la pantalla inmediata la toma hecha por Aldo Kane.

En el acto saltó la diferencia a ojos de ambos hombres. Atónitos, desconcertados, se miraron entre sí. No daban crédito a sus ojos, especialmente Lumek, hombre práctico y positivista. Tuvo que frotarse los ojos, comprobar evidentemente sin lugar a dudas, que la toma de Aldo era perfecta de luz de imagen, de color y de dimensiones, para captar la tremenda diferencia entre una imagen y otra del mismo hombre, la asombrosa, imposible variación que hacía inútil proseguir la prueba,

—¡Dios mío! —jadeó Lumek, con voz ronca, estremecida por el estupor y también por un auténtico miedo a lo que descubría ahora —. ¡El profesor Kelhov carece de esqueleto!… ¡No tiene huesos en todo su cuerpo!

CAPÍTULO III

¿EXTRAÑOS?



os acontecimientos que siguieron a la «Prueba Rayos X», como la denominó después el propio Lumek en su informe oficial, no era fácil que Aldo Kane los olvidase jamás.

En realidad, no sólo marcaron un hito en la historia de la Humanidad, sino que iniciaron a Kane en su alucinante y angustiosa aventura frente al peligro más inaudito que podía esperarse.

Todo fue muy rápido. Demasiado rápido tal vez, para el gusto de Kane.

Lumek dispuso en el acto el arresto del profesor Kelhov, con las debidas precauciones. Para ello le hizo llamar a su despacho, con un pretexto plausible. Esperaban allí Aldo Kane, Slade, y también cuatro policías del Servicio de Seguridad Lunar, armados con pistolas de proyectiles desintegrantes.

Peter Kelhov —o el que suplía su ausencia con una perfecta apariencia física igual, con una voz idéntica y unas reacciones iguales a las del verdadero Kelhov— entró erguido y confiado en el despacho. Los policías estaban ocultos tras la puerta inmediata a la que sólo tenía acceso Lumek, el «Coordinador». Y Aldo y Slade fingían hablar de algo muy personal, en un grupo aparte.

A pesar de ello, Kane intuyó en el acto lo anormal de un gesto vivaz, agudo, del supuesto profesor Kelhov. Sus pupilas grises se habían dirigido a él con una celeridad y expresión muy extrañas igual que sí hubiera captado algo en el aire, en el ambiente.

Kane estuvo seguro en ese mismo instante de que Kelhov era un telépata muy fuerte. Sus pensamientos, sin embargo, no los captaría. Pero sí los de Slade o del propio Lumek. De cualquier modo, Kelhov «sabía ahora» la razón por la que estaba allí. Y casi se podía advertir a simple vista la tensión de sus miembros, la expresión alerta, recelosa, de sus ojos aparentemente distraídos.

—Ud. dirá, Lumek —habló. Y cualquiera hubiera dicho que era la voz del auténtico Kelhov la que hablaba—. ¿Qué es lo que desea consultarme?

—Verá, Kelhov… —Lumek abrió una carpeta, con aíre distraído —. Tengo aquí unas fórmulas recién llegadas de la Tierra, que quiero examine y me diga si corresponde a su Departamento o debo antes enviarlas a…

Kelhov sorprendió a todos en ese momento tan viva fue su reacción. Lumek acababa de plantar ante sus ojos la radiografía desprovista de osamenta. Aldo estuvo plenamente seguro de que a Kelhov ni siquiera le dio tiempo de verla o identificarla. Reaccionó mucho antes cogiendo desprevenidos a todos los presentes. Sobre todo a Lumek que había de dar el aviso a los policías…

El profesor auténtico o falso lanzó un rugido extraño, sibilante, y se lanzó sobre Lumek con violencia, derribándole tras la mesa metálica, y saltando luego con una agilidad pasmosa hacía el ventanal.

Lumek golpeado contra el borde de un mueble, cayó de rodillas aturdido sin lograr proferir el aviso a los agentes ocultos. Mientras tanto Kelhov, convertido en un asombroso atleta, brincaba hacía los ventanales. Eso no alarmó a Kane, porque sabía que el material era, irrompible por completo.

¡Y sin embargo… la materia se astilló, se desgarró como si fuera papel o cristal para permitir que Kelhov la atravesara limpiamente con una celeridad asombrosa!

Entonces Kane echo mano a su propia pistola nuclear, para disparar sobre el fugitivo que tan increíblemente se había abierto paso al exterior. Pero la dejó, pensando que Kelhov se mataría por fuerza, desde aquella altura hasta el pavimento.

Pero no ocurrió eso ni mucho menos, y ésa fue para Aldo la segunda gran sorpresa de aquel momento dramático y electrizante. Cuando corrió, seguido de cerca por Slade, hacía la galería atravesada por Peter Kelhov, vieron a éste aferrado a una de las bandas metálicas para circulación de vehículos, que circundaban en espiral la Torre Centro, a casi siete metros de distancia. Un hombre con el físico y edad de Kelhov era imposible que hubiera salvado esa distancia de un salto, logrando aferrarse a su borde, para auparse finalmente a ella, y correr hacia, abajo vertiginosamente. Pero también parecía imposible quebrar un «plastmetal», y Kelhov lo había hecho…

Kane apuntó con su arma, gritando estentóreamente:

—¡Alto! ¡Alto, Kelhov o disparo!

El sabio siguió corriendo. Ya Lumek gritaba, recuperado, y los agentes corrían hacia la galería, en apoyo de Kane. Pero Kelhov, cada vez más distanciado, pronto estaría fuera de tiro. Y abajo, nadie se atrevería a detenerle, pues Kelhov era uno de los jefes del Grupo Científico.

Debía actuar enseguida.

Kane no vaciló más. Apuntó y disparó.

Un chorro azul, llameante, brotó de su arma, hendiendo el aire artificial de la campana vidriosa y hermética de la Base
Tres-Luna.
Alcanzó a Kelhov con mortífera precisión, pese a la enorme distancia, porque si algo sabía hacer bien Aldo Kane, aparte de ser un buen investigador, era poner el proyectil que disparaba, donde previamente pusiera el ojo.

Se desintegró una pierna de Kelhov. Era el mal menor elegido por Kane para el fugitivo. Siempre le repugnaba matar, aunque se tratara de un delincuente o, como en este caso, de un sorprendente usurpador sin esqueleto, cosa humanamente imposible, pero cierta,

en Kelhov.

El sabio rodó por la pendiente metálica, dando tumbos, con una sola pierna. Aldo lanzó una interjección al verle caer. Dilató sus ojos atónitos y se volvió a los demás con asombro.

—¡Eh, miren! —gritó, extendiendo una mano que, pese a sus nervios y su dominio de sí mismo, tembló ostensiblemente—. *¡Peter Kelhov se está transformando en algo que no es humano!*

Slade, Lumek y los policías, mortalmente pálidos, asistieron a la realidad de lo que Kane acababa de afirmar.

Era cierto. El fugitivo, una vez perdida su pierna por el disparo atómico…, estaba disolviéndose, convirtiéndose en una forma ambigua y sorprendente, que ningún parecido guardaba con algo humano.

* * *

La sábana cayó sobre el cuerpo sin vida que yacía al pie de la torre, aplastado por el impacto de la caída desde el sendero metálico en espiral. Lumek ordenó que los agentes de Seguridad apartasen de allí a los curiosos, agolpados por el suceso.

—Vamos, Kane —dijo sombríamente—. Tenemos que hablar usted y yo…

Aldo, con los oscuros cabellos revueltos y el rostro ensombrecido por un vivo gesto de horror, se apartó de allí. En su mirada aún parecía petrificada la expresión de estupor y de angustia que la visión de «lo» que yacía bajo la sábana le produjera.

Había conocido a Peter Kelhov. Pero «eso» no guardaba el menor parecido con el sabio muerto.

—Sí, vamos… —suspiro, abatido, echando a andar con Lumek.

Ambos hombres se alejaron.

No sospechó jamás que su caso, el extraño caso presentado por la señora Kelhov, tuviera este final. Si es que era el final… y no el principio de algo más horrible todavía.

Poco después la puerta del despacho de Lumek se cerraba tras de los hombres reunidos allí. Eran solamente cuatro: Lumek, Slade, Kane y el comandante Nidwaq, jefe Militar de Base
Tres-Luna.

Todos ellos se miraron entre sí, en el mayor de los silencios.

Slade y Kane parecían allí los más tranquilos, Tanto Lumek como Nidwaq parecían profundamente afectados por el inexplicable suceso recién vivido.

—Bien, señores —comenzó Lumek con voz sorda, sentándose en el filo de su mesa metálica—. Todos ustedes han visto al profesor Kelhov… antes y después. La diferencia es demasiado espantosa para ocultarla o para pretender desentenderse del asunto. No existe dolencia o enfermedad, ni siquiera la remota e inexistente en nuestro mundo actual, conocida por el nombre de «lepra».

—Puede existir una nueva docencia, señor —opinó el comandante, dubitativo—. Alguna que aún no conocemos, que clínicamente no está descubierta. Algo provocado por la prolongada estancia del hombre en la Luna…

—Comandante, si fuera así, yo sería el primer afectado —apuntó Lumek—. Soy el más antiguo en esta Base, recuérdelo. Y Kelhov era el más nuevo miembro de ella.

—Es cierto —juzgó Slade—. Pero puede ser propicia a unas naturalezas… y a otras no.

—Eso es más factible —asintió Kane, que reflexionaba profundamente—. Pero altamente improbable también.

—¿Por qué? —se sorprendió Lumek; y también los otros dos hombres dirigieron a él sus sorprendidas miradas—. ¿Por qué, Aldo?

—Porque un enfermo no tiene razones para huir.

—La enfermedad puede afectarle a la cabeza, Kane —objetó Lumek.

—O hacerle temer la cuarentena, el aislamiento tal vez para toda la vida… —Apoyó Nidwaq.

—Eso no explicaría su modo de destrozar la vidriera irrompible, que una bala no puede perforar. Ni el salto de más de siete metros en el vacío, con la agravante de la vidriera rasgada, que siempre frenaría enormemente el impulso.

Nidwaq y Lumek se miraron en silencio. Admitían lo anómalo de todo eso. Pero temían buscarle explicaciones. En primer lugar, porque no las veían en absoluto. Kane remachó:

—Además está probado que Kelhov era hombre muy humano e inteligente. De existir posibilidad de contagio en su enfermedad lo hubiera descubierto por sí mismo, y voluntariamente se hubiera

aislado. No era un egoísta ni un hombre excesivamente apegado a la vida. Por otra parte… ¿qué enfermedad es capaz de triturar, de disolver los huesos, hasta no dejar esqueleto… y que la persona siga viva, con apariencia normal?

—Pero… pero entonces, ¿qué sugiere usted? —intervino Slade, asustado.

—Ni yo mismo lo sé. —Kane se pasó una mano por la frente. La retiró empapada de sudor—. Pero ya hemos visto todos lo que es ahora Kelhov. Un amasijo sin forma humana. Sin aspecto de ser racional, ni siquiera un animal o ente vivo conocido. Ustedes han visto su carne hedionda, helada y viscosa, su extraño aspecto que recordaba la carne de un pulpo, pero con una forma absurda, con un color abominable y un olor apestoso…

La descripción de Aldo Kane se ajustaba demasiado a la realidad. Temblaron los demás, con gesto de nauseas, recordando la atroz forma vista poco antes. La oposición verbal de Nidwaq ahora, resultó sumamente débil y vacilante:

—A pesar de todo, Kane, ¿qué otra explicación puede usted dar?

—A ello voy. —Aldo inspiró aire profundamente—. ¿Recuerdan lo que dijo la señora Kelhov al denunciar el caso? Según ella, aquel hombre «era igual a su marido… pero no era su marido». Toda comprobación resultó negativa en ese sentido… salvo una película infrarroja, tomada al azar y por puro accidente. Eso nos demostró que, «realmente, Kelhov no era Kelhov», sino un ser sin esqueleto que al verse descubierto, se anticipó por una profunda acción telepática a nuestras acusaciones, y trato de huir dando pruebas de unas asombrosas facultades físicas totalmente fuera del alcance de un ser humano por enloquecido que esté.

—En conclusión… —Inició Slade, pensativo, alterado.

—En conclusión, caballeros. Kelhov «no era humano». Y, lo mismo que él fue suplantado por alguien que ocupó su personalidad dentro de la Base
Tres-Luna…
«¿Por qué no suponer también que existen otros aquí dentro, en iguales circunstancias?».

* * *

Al principio, la idea hipotética de Aldo Kane cayó como una bomba. Los tres hombres le miraron con total incredulidad, sin pasar a creer que hablase en serio.

De los tres estupefactos personajes, Slade fue el primero en reaccionar.

—Espere un momento —pidió, oprimiéndose las sienes con sus dedos—. ¿Quiere decir… quiere decir que Kelhov fue suplantado por alguien «no humano», que adoptó su forma y aspecto?

—Eso es. Pero que olvidó su esqueleto, o no fue capaz de reconstruirlo, por no juzgarlo necesario… y porque el suplantador era «invertebrado» y carecía del conocimiento preciso para saber crear una armadura ósea humana.

—¡Absurdo! —chilló Lumek, agitando sus brazos airadamente—. ¡Eso es absurdo, Kane! ¿Cómo puede creerse una cosa así? Ustedes, los detectives privados, han leído demasiadas obras de Ciencia-Ficción y…

—La Ciencia-Ficción está atrasada ya, señor —cortó Kane, secamente—. Hemos superado ya la fantasía de escritores de otras épocas. Y yo no soy lector de esas cosas. Me baso, simplemente, en hechos positivos. En realidades. Por ello le sugiero algo muy conveniente: ¿Por qué no realizar un examen urgente, rápido, de todos los miembros presentes dentro de esta base, para saber si hay otros atacados de la misma enfermedad… o lo que sea?

—¡Eso es grotesco! —comentó Slade, incrédulo—. Provocará alarmas, inquietudes y recelos, sin resolver nada, Kane…

Éste dijo:

—No, Slade. Lo que provocará recelos es si alguien más en la Base piensa igual que yo, lo cual es muy posible… y lo revela o difunde por ahí. El terror, la inquietud, la desconfianza entre unos y otros nacerá… como está naciendo ya aquí mismo, entre nosotros cuatro.

Lumek pegó un respingo. Kane había dicho esto último mirándole a él, que estudiaba de reojo al comandante Nidwaq. A su vez, el militar apartó los ojos de Slade para girarlos en sus órbitas hasta detenerse en Kane. Inclinó la cabeza, avergonzado.

—Bueno, pudiera suceder eso… —confesó, con voz grave—. ¿Por qué no hacer la prueba; si en realidad no nos reporta ningún perjuicio? Nada tenemos que temer. De modo que hagamos el

examen… y procedamos luego a disponer el de los demás. No hay duda de que así nos quedaremos más tranquilos. Y en condiciones de estudiar este asunto a la luz de lo que nos diga el análisis clínico y químico de los extraños restos de Peter Kelhov…

Sigo diciendo que es un disparate —gruñó Slade—. Pero haré lo que ustedes digan.

—Yo también —asintió Lumek—. Se excede en su imaginación, Kane. Sin embargo, acepto la prueba. Terminaremos en seguida. Y no habrá dudas, como usted dice.

En silencio, los cuatro hombres se encaminaron a la puerta del fondo. Entraron en el corredor, avanzando dramáticamente. Igual que cuatro condenados a muerte camino de su ejecución.

Poco después el compartimento archivo, de metálicos muros rotulados fríamente, les acogió. Aldo Kane se estremeció, aun a su pesar. Recordaba demasiado una gélida cámara de muerte, cuadrangular y gris. Oyó la sibilante respiración de Nidwaq, el chasquido de la lengua que produjo Lumek, nervioso, y la inseguridad de Slade al cerrar la puerta de la habitación.

Lumek accionó los resortes, al tiempo que tomaba la cámara tomavistas infrarroja. Aldo Kane le vio encender las pantallas fluorescentes, proyectores de las imágenes filmadas. Y, resueltamente, se situó ante la cámara.

—Fotografíeme a mí, Lumek —pidió—. Luego haga igual con otro. Yo me cuidaré de fotografiar a mi vez a usted y al restante.

Lumek asintió. Ronroneo la cámara, tomando película. Apenas unas imágenes durante cinco o seis segundos. Luego, espontáneamente, se situó el comandante Nidwaq ante ella.

—Listo —jadeó Lumek, muy pálido, cerrando la marcha del carrete. Tendió la cámara a Kane—. Fotografíenos usted a Slade y a mí.

Aldo captó rápidamente a Lumek. Luego a Slade. Finalmente, cerró el botón de marcha. El silencio ahora era tan espeso como si tuviera solidez y flotara en el aire de la cámara cubicular y gris.

—Ahora a las pantallas —dijo Lumek—. Hágalo usted, Kane. Ya sabe cómo va.

Aldo asintió. Situó tras una pantalla la película recién tomada. El sistema robot interior, en menos de diez segundos, revelaba hasta mil metros de cinta, positivándola en su color natural y en tres

dimensiones.

—La numeración es correlativa. Esto es: fragmento uno, yo mismo —refirió Kane—. Número dos, Nidwaq; tres, Lumek. Y cuatro Slade. Atención señores…

Comenzaron a surgir imágenes grotescas. Esqueletos perfectamente captados entre la neblina de los tejidos humanos. Al menos Kane era totalmente normal. El mismo exhaló un suspiro de alivio. Poco después lo coreaba Nidwaq. El militar tampoco ofrecía apariencia anormal alguna.

Lumek y Slade se miraron en silencio, pálidos y sudorosos. Kane, al parecer indiferente, y sin esperar mucho de la prueba, asistía a la misma. Lumek opino, al salir su esqueleto perfectamente delimitado en la pantalla:

—Bueno, al menos nosotros no tenemos que temer nada. Si su teoría es cierta, habrá que buscar en otros sitios. Pero a pesar de todo, creo que equivocó de medio a medio y…

—¡Miren ahí! —aulló Nidwaq súbitamente, con expresión de vivo horror.

Slade, el secretario de Lumek, pegó un brinco realmente inverosímil hacia la puerta, nada más surgir su radiografía sin esqueleto. Lumek y Nidwaq demasiado atónicos para hacer nada, no atinaron ni a moverse.

El rugido de Slade tenía poco de humano ahora. Babeaba al abrir la puerta para salir como una centella al pasillo. La puerta se desgajó, bajo la presión de su mano, y se derrumbó sobre el corredor, con estruendo, en vez de hacerlo sobre los tres ocupantes de la cabina, que hubieran recibido la pesada masa de acero sobre sus cabezas.

Slade brincó sobre la puerta caída, cuando ésta acababa de tocar el suelo. De súbito, una llamarada azul y chirriante llenó de luz lívida la estancia y el corredor. Un chorro flamígero, de tremenda fuerza desintegradora, tocó las piernas de Slade, segándoselas como una espantosa hoz. Desintegráronse las dos extremidades, y Slade, mutilado tan terriblemente, rodó con un estridente chillido animal, monstruoso, por el suelo metálico del corredor.

—¡Dios mío! —gemía Lumek, extrayendo ya su propia arma tardíamente—. ¡Dios mío, no es posible…! ¡Slade…, un muchacho a quien conozco de años…!

—Ése no era Slade —dijo sombríamente Kane—. ¡Mire ahí!

Nidwaq y él miraron. Slade, mientras se revolcaba por el suelo, estaba como reblandeciéndose, convirtiéndose en una pulpa extraña, viscosa y brillante, similar a la carne de un pulpo atroz.

La misma increíble metamorfosis sufrida por Kelhov al ser herido, le estaba ocurriendo ahora a Slade. Un olor acre, nauseabundo, como a algo putrefacto, hirió con intensidad la nariz de los tres asombrados testigos del suceso. Luego, algo así como una tremenda ráfaga de hielo, una oleada glacial, les envolvió, haciéndoles estremecer.

Lo que poco antes fuera Slade, quedó inerte, sin movimiento alguno. Resueltamente, pistola en mano Aldo Kane se movió hacia allí. Los demás le advirtieron roncamente:

—¡No vaya aún! ¡No haga eso, Kane!

El joven investigador no les hizo caso. Estaba ya junto al ser derribado. La carne aquélla apestaba, y despedía un frío intensísimo, como una cámara frigorífica a bajísima temperatura. Kane tembló, castañeteándole los dientes. Sobre la piel de «lo que fuese» había algo brillante, cristalino…, como escarcha.

Se inclinó, reteniendo el aliento para no aspirar aquel endiablado olor. No advirtió movimiento, palpitación alguna en aquella carne de masa informe y extraña. Se volvió muy despacio a ellos:

—Vengan acá —dijo—. No hay nada que temer. Está igual que el profesor Kelhov… Muerto, Lumek. Muerto y putrefacto, a juzgar por el olor.

—Y ese frío… —Se estremeció Nidwaq, echando a andar junto al «Coordinador»—. Es como un soplo de la misma muerte, Kane…

—Tal vez sea esto la muerte, como lo era Kelhov… y hemos empezado a descubrirla aquí, en la Luna, entre nosotros mismos… La prueba tuvo éxito. Puede haber otros.

—¿Solamente en la Luna? —Silabeó, aterrado Lumek.

Kane se encogió de hombros, muy asustado en el fondo.

—No lo sé… Y eso es lo terrible. No saber nada de nada…, salvo que hay «algo» entre nosotros. Una enfermedad, un invasor, una epidemia…, ni siquiera lo sé aún.

Contempló el cuerpo helado y maloliente que poco antes tuviera la apariencia humana de Slade. Aquella forma espantosa no le dio

respuesta alguna. Aunque a juicio de Aldo, solamente en ella podía estar la respuesta, la explicación angustiosa…

Capítulo IV

EL Invento del Profesor Kelhov


a pantalla de Rayos X se cerró. Aldo Kane, con un suspiro, se pasó una mano nerviosa por la frente. Marcia Hanley le contemplaba como si mirase a un extraño ejemplar de la fauna selvática de Venus, o a un hombre que ha perdido de pronto la razón.

—Bueno, ya me ha visto por dentro —bromeó, a pesar de la luz inquieta de sus pupilas—. Menos mal que los Rayos X ahondan lo suficiente como para no avergonzarse una de exhibir lo que hay bajo sus ropas. Pero ¿por qué lo ha hecho?

—Quería estar tranquilo, Marcia. No hubiera soportado el saber o el sospechar simplemente que usted fuera también una «invertebrada».

—Una… ¿qué? —Ella dilató sus bonitos ojos e hincho el busto.

Kane se avergonzó de haber pensado que aquellos encantos

pudieran ocultar una cosa tan horrible como la hallada en la Luna.

—Se lo explicaré, Marcia, en pocas palabras.

A pesar de ello, no fueron pocas las palabras. Aldo lo refirió detalladamente, y solventó dudas y preguntas asombradas de la joven, en gran profusión. Cuando hubo terminado, Marcia parecía mucho menos saludable. Pero seguía siendo bonita, lo cual era siempre un grato consuelo.

—Dios mío, es asombroso —confesó, aturdida, dejándose caer en un asiento—. De no saber que habla usted en serio, jefe, creería que está hilvanando un tema para una novela.

—Ojalá fuera así —musitó Kane—. Lo de Kelhov, lo de Slade…, y posteriormente lo que se repitió en otras dos docenas de hombres destacados de la Base, es totalmente cierto. Todos ellos carecían de esqueleto, de huesos, desde la cabeza a los pies. No me pregunte cómo sustentaban su figura ni su físico, porque le diré que no lo sé, ni tengo la menor idea. Pero así es.

—Tanta gente… —Marcia inclinó la bonita cabeza pelirroja—. ¿Por qué…, cómo…?

—Los laboratorios de la Luna están trabajando en el asunto. Han sido enviados tres cuerpos a la Tierra para su análisis. Esperemos a ver lo que dicen. Entretanto, se va a dictar una ley en el planeta. Todos los seres humanos están obligados a pasar por una prueba intensa de Rayos X. Seguramente caerán muchos más, si los hay. Pero es imposible de controlar eso a rajatabla, a pesar de que todo el examinado será provisto de un emblema o distintivo especial, tatuado en su piel, imposible de falsear…, a no ser que esos seres sean capaces también de ello. Todo son riesgos, Marcia. Riesgos y dudas tremendas. Pero algo hay que hacer. Y ése es un medio.

—Kane, todo eso lo comprendo. Sin embargo, hay algo que aún no he entendido y es vital. ¿Qué son esos seres que suplen a personas destacadas de nuestros departamentos científicos y militares?

—Invasores.

—Invasores… ¿de dónde?

—No lo sé. —Kane se mesó suavemente los oscuros cabellos rebeldes, con una mano nerviosa—. Sólo sé que han venido para invadirnos…, posiblemente de otro planeta. Acaso de la propia Luna, del subsuelo del satélite. Están tratando de investigar su

origen. El hecho de que su piel, su carne o lo que sea, esté congelada en cuanto pierden su aspecto humano, parece confirmar que pertenecen a la Luna. Ahora se practican investigaciones de profundidad en los cráteres lunares con un sistema de radio-radar. Si hay alguna forma de vida en el satélite, la detectarán tarde o temprano. Confiemos en ello, Marcia. También la Tierra utilizará sus sistemas detectores interplanetarios, y se situarán otros en Marte y en Venus para controlar el espacio exterior en la mayor extensión posible. Se está haciendo cuanto se puede.

—Ya lo veo… —Marcia Hanley se movió hacia la galería de la oficina de Aldo Kane en Metrópolis A, en la Tierra—. Pero yo aún me pregunto otra cosa.

—¿Otra más? —Kane sonrió—. ¿Cuál es esa cosa, Marcia?

—Si todo eso es cierto… ¿dónde están el verdadero Kelhov, el verdadero Slade… y todos los demás?

Aldo se quedó perplejo. Miró a Marcia, como si ésta le hubiera dado una idea. Y se pegó una súbita, palmada en la frente.

—¡Cielos, Marcia, es usted maravillosa a veces! —exclamó—. Ha puesto el dedo en la llaga… Yo pensé que Kelhov, Slade y los demás eran los que destruimos…, pero poseídos o dominados por algo que les guiaba con diferentes objetivos. Ahora su pregunta me hace contemplar el asunto desde un prisma totalmente diferente. Y es éste: Kelhov, Slade y cuantos hayan sido suplantados fueron muertos, destruidos o raptados, y unos seres capaces de adoptar su forma física, su voz, sus pensamientos, éstos con alguna imperfección, y sus reacciones más elementales, ocuparon sus puestos. No fueron «absorbidos» por nadie, sino «sustituidos» por dobles perfectos o casi perfectos, que no supieron completar con la osamenta correspondiente, tal vez porque no son capaces de crear huesos, y sí únicamente tejidos.

—Es lo que yo he pensado —asintió Marcia modestamente—. En cuyo caso, la pregunta se hace acuciante, angustiosa: ¿dónde están Kelhov y los demás «suplantados»?

—Marcia, si supiera responderle a eso, sería maravilloso…, porque indicaría que sabía casi todo. Y saber algo, significa al menos tener una posibilidad, aunque remota, de combatirlo, de oponerse a su avance… Fue lo que sucedió con las enfermedades humanas en el pasado, como el cáncer o la leucemia. Cuando se

descubrió su remedio, sencillo e insospechado, dejaron de ser mortíferos, aunque siguieron constituyendo un peligro. Algo así ocurre con esto que nos sucede ahora, sea lo que sea.

—Sí —asintió la joven, pensativa—. Es peligroso..., pero también es mortífero. Porque ni usted ni nadie sabe de dónde procede. Sin embargo, yo comprendo que ocuparan el puesto de Slade, un hombre de confianza del jefe máximo de la Base, así como de otros hombres clave en la Base
Tres-Luna...
Pero ¿por qué suplir a Kelhov, un hombre de ciencia sin ningún valor como pieza importante en una invasión paulatina y sin prisas como la que parece usted sugerir, jefe?

—Otra vez el dedo en la llaga, Marcia —sintió deseos de besarla ahora. Y no precisamente porque la boca de la joven fuese una tentación viva y palpitante, sino por su agudeza mental, superior a la de muchos hombres. Superior, incluso, a la suya—. Sí... ¿Por qué Kelhov? Él era un gran sabio, un investigador científico, colaborador en servicios secundarios de Seguridad, pero no un hombre clave ni mucho menos. ¿Por qué él?

Reinó el silencio. Marcía, radiante por la ayuda que sus ideas parecían prestar a su jefe, miraba a éste intensamente, como esperando que él mismo se diera la respuesta a esa pregunta torturante.

Kane la dio de súbito. Se incorporó de un salto, y confesó con tono abrupto:

—Creo que ésa es la pista que voy a seguir, Marcia. La de Peter Kelhov, el científico suplantado. Y nadie mejor que la propia señora Kelhov para ponerme sobre la pista, atinada o no...

Abandonó el despacho, agitando alegremente su mano a Marcia. Ésta cerró la puerta, asegurándola con el pestillo magnético. No le gustaba la idea de saber que por el mundo podían andar sueltos seres como aquellos descubiertos en la Base
Tres-Luna.
Se estremeció al pensar en ello.

* * *

Aldo Kane contempló fija y largamente a Dorian Kelhov. Bajo el

cabello, de un rubio blanco, plateado y hermoso, la faz de la mujer estaba más pálida y contraída que la primera vez que la viera. Los ojos estaban enrojecidos. Pero conservaba cierta fría y majestuosa serenidad, que impresionó gratamente a Kane, tras besar en forma suave la mano estremecida de la dama. Dorian Kelhov vestía de negro, sencilla y sobriamente.

Aldo la contempló en silencio, una vez en el confortable saloncito de la residencia del profesor. Su primera pregunta fue amable, llena de cordialidad:

—Señora Kelhov, no sabe cuánto lamento todo lo sucedido… ¿Fue usted informada oficialmente tal vez de lo sucedido?

—Sí… —asintió ella, gravemente—. Me dieron un informe amplio de todo. Ahora… ahora comprenderá usted que tenía razón. Aquel ser no era mi esposo. Le destruyó para ocupar su puesto. Yo lo sospeché. Nada más verle, comprendí que no era él. No solamente por sus respuestas erróneas, sino por «algo»… algo que nunca sabré lo que era. Pero que yo intuí.

—Señora Kelhov, pudiera ocurrir…, pudiera ocurrir que su luto fuese demasiado precipitado.

—¿Eh? —Ella le miró fijamente, con intensidad y sorpresa—. ¿Qué quiere decir?

—Es cierto que yo disparé en la Luna sobre un hombre que decía llamarse Peter Kelhov, y que no lo era. Pero eso no significa necesariamente que esté muerto.

—Yo sé que lo está. Muerto, desaparecido para siempre…

—Desaparecido, es posible que sí. Para siempre…, no sé.

—¿Qué pretende darme a entender con esas palabras?

—Su esposo es una personalidad científica de gran altura. Un hombre útil, en vida, para cualquier enemigo que busque un provecho del saber humano. Pero muerto no representa nada, ni su suplantación puede representar ventaja alguna para los usurpadores de personalidad. ¿Ha pensado alguna vez en ello, señora Kelhov?

Lo he pensado, sí. Pero también he pensado que solamente estando muerto podría Peter haber sido suplantado.

Kane dijo:

—Se equivoca. Pudieron secuestrarle… para conservarlo vivo. Para que les dé informes concretos de algo…, para que les sea de utilidad…, pongamos como enlace entre nosotros y «ellos»,

quienesquiera que éstos sean.

—¿Secuestrado? —Ella le miró, atónita—. Pero ¿dónde? ¿Por quién?

—Es lo que no sabemos aún. Estamos esperando informes del laboratorio. Confiamos en que nos ayuden a comprender la naturaleza del enemigo que tenemos enfrente.

—Usted, Kane, parte de una base que da por cierta: la existencia de un enemigo, humano o no. Pero ¿y si ese enemigo es un virus, una epidemia, un mal desconocido y terrible?

—En ese caso, su esposo se habrá perdido, ciertamente. La enfermedad le habrá aniquilado definitivamente, sin lugar a esperanza. Lo mismo que a Slade y a otros muchos, en la Base Lunar. Pero yo tengo el presentimiento de que eso no es una epidemia ni un virus. Al menos, no lo que nosotros entendemos por tal.

—¿Entonces qué es?

Aldo Kane vaciló un momento. La señora Kelhov tenía derecho a saber, pero su teoría, de ser cierta, convenía mantenerla en el más riguroso secreto por razones elementales de seguridad. A pesar de todo, dominó en él su primera idea. El secreto oficial no se había revelado a la Tierra. Pero ¿acaso no era ya del dominio de su adversario? ¿Es que las muertes de los seres suplantados, en la base selenita no eran ya, conocidos por el enemigo oculto y fantástico?

Aldo Kane tenía su propio criterio sobre esa pregunta, Y éste se condensaba en una respuesta monosilábica. Sí. Era indudable que «ellos sabían»…

—Hasta hace unos años, cuando el hombre alcanzó los planetas que se supusieron habitados —comenzó Kane pacientemente—, la teoría de una existencia de marcianos o venusinos racionales y similares a nosotros era compartida por una gran mayoría. Entonces los descubrimientos humanos revelaron el error de ese concepto. Marte y Venus no ofrecían formas de vida similares a la nuestra. Eran mundos deshabitados, Que solamente pisaban monstruos o animales sin raciocinio. Eso nos volvió a la antigua, presuntuosa y altiva convicción de que éramos centro y base del Universo, únicos seres inteligentes de la Creación.

—¿Adónde va a parar con todo eso?

—Ahora termino, señora Kelhov. Supongamos que en ambas

ocasiones existió el error. Que ni Marte ni Venus poseen vida inteligente…, pero sí la hay en otros mundos de los que no hemos sospechado. Una vida particularmente inteligente, y particularmente extraña para nuestro concepto. Una vida capaz de «adaptarse», de «amoldarse» a otras formas y apariencias, por una metamorfosis sorprendente. Esos seres «polimorfos» llegan aquí. Quieren penetrar en nuestra propia existencia, acaso… invadirnos. Sí, invadirnos. Ése es un anhelo desgraciadamente muy desarrollado en toda clase de seres vivos, especialmente en los inteligentes. La invasión significa siempre poder, dominio, triunfo y demostración de la propia fuerza, física o intelectual. Los hombres ambicionaron siempre la invasión de pueblos ajenos. Ese afán nos llevó a través de siglos al odio, a la guerra, a la destrucción, al fanatismo…, y solamente supimos demostrar a las pasadas generaciones nuestra torpeza, nuestra brutalidad y nuestra falta de auténtica inteligencia.

—Sigo sin comprenderle, Kane.

—Tal vez me alargué un poco. Pero ése es el final. Hemos superado aquella etapa absurda y torpe de nuestra vida. Hoy los hombres no ambicionan tierras ni poder. Hoy muchos espejismos del pasado se derrumbaron, y no existen los pueblos superiores, ni las razas grandes ni las razas pequeñas. Todos somos un mundo unido, que se engrandece por su propia solidaridad. Esa lección ha tardado el mundo un montón de siglos en aprenderla. Pero aún quedarán planetas en evolución, gentes que se sienten capaces de destruir, de aniquilar, para ser dueños de otros lugares. Los «polimorfos» a que me refiero pueden ser de esa especie. Poderosos y astutos, capaces de transformarse, de absorber pensamientos ajenos y de adoptar lenguas extrañas; en suma, de ser, en apariencia seres iguales a otros con los que jamás guardaron parecido. Pero ¿por qué suplantar a Kelhov? ¿Qué significaba él, cuando pudieron haber «ocupado» a mi amigo Lumek, y a otras cien personalidades más importantes política o militarmente?

—Y bien… ¿Por qué a mi marido, entonces?

—Porque en su marido, señora Kelhov, no les importaba el hueco que dejase, sino él mismo, contar con algo que poseía él: su cerebro, sus hallazgos, su saber científico. Todo eso al servicio de un invasor que nos desconoce profundamente, puede ser muy útil… y contrario para nosotros. Pero conviene no despertar sospechas ni

alarma. Un «polimorfo» ocupa su vacío, finge ser el profesor. Ellos no piensan que usted, su esposa, puede reconocerle. ¿Por qué a seres tan inteligentes se les escapa esa posibilidad? Acaso porque son insensibles, porque ignoran lo que el amor, el afecto, el corazón humano, influyen en nuestros actos, pensamientos y conclusiones. Ellos, igual que no supieron crear un esqueleto que les igualase interiormente al hombre, como ya se habían igualado en su voz, apariencia externa y acciones corrientes, no supieron advertir la importancia vital de un corazón, del alma del ser humano, de algo que nos hace mil veces más astutos y clarividentes que nuestro propio cerebro.

—Pero…, pero si Peter les es útil…, ¡es porque está en su poder vivo!

—Eso quería decirle, señora Kelhov. Por eso le dije que su luto me parecía demasiado precipitado. En alguna parte, en algún lugar que ignoramos…, está su esposo, el profesor Kelhov, vivo y consciente…, —sería espantoso, señora Kelhov…, pero más esperanzador que la muerte.

—¿Esperanzador? ¿Cree que nadie puede rescatar a mi marido? ¿Cree que, aunque viva aún, tengo la menor esperanza de verle de nuevo aquí, a mi lado?

—La esperanza, por fuerza, ha de ser mayor que si estuviera muerto —dijo gravemente Aldo Kane—. De la muerte nadie regresó jamás. De donde él esté ahora… tal vez exista una posibilidad entre mil de salir. A aún más posibilidades, nada puede asegurarse.

—¿Pretende darme alientos? ¿Para eso ha venido, señor Kane?

—No, señora Kelhov. No he venido a eso. Quería saber, a través de la persona que mejor pudo conocer a Kelhov, en ese caso usted, qué era lo que él había descubierto, qué poseía él que pudiera interesar a un enemigo exterior empeñado en vencer a la raza humana.

—No puedo ayudarle, Kane. Yo no soy una mujer de conocimientos científicos. Y mi esposo no me refirió jamás lo que experimentaba o desarrollaba en su laboratorio, cuando se pasaba las noches trabajando. Pero aunque así fuese, ¿quién podía tener conocimiento de sus trabajos? ¿Quién podía saber nada de lo que él hacía, si solamente trabajó siempre con la ayuda exclusiva de su colega, el profesor Winkle, su ayudante de laboratorio?

¿Winkle ha dicho? —Aldo se puso en pie, pensativo—. Gracias, señora Kelhov. Iré a ver a Winkle, por si tiene algo que decirme. Entretanto ¿sabe dónde guardaba el profesor las notas y documentos relativos a sus trabajos? Podrían serme útiles para mis investigaciones.

—Venga conmigo —dijo ella, incorporándose. Echó a andar hacia una galería encristalada, llena de luz. Kane se estremeció al pisarla, y observó que ella también temblaba ligeramente, comentando—. Algo falla en los calefactores. Hace frío donde entra aire exterior renovado…

Movió un graduador. Pero la temperatura seguía siendo baja. Siguieron hacia el interior de un laboratorio amplió y modernísimo, cuidadosamente ordenado. Dorian Kelhov se encaminó en derechura a una caja fuerte metálica, y accionó su mecanismo electrónico pulsando unos resortes cifrados.

—Un par de veces le vi mirar aquí —sonrió la mujer—. Y me quedó, en la mente la combinación de la caja…

Se abrió está con suma facilidad, tras unas cuantas pulsaciones. Inclináronse ambos, y la mano de la señora Kelhov se dirigió en derechura a un compartimento estanco rotulado con un sencillo título en letras esmaltadas, metálicas: «DOCUMENTOS Y APUNTES».

Pero retiró vivamente la mano, con estupor, y cambió con Kane una mirada atónita.

—¡Dios mío, no es posible! —jadeó—. ¡Estaban aquí cuando él se marchó…, nadie ha tocado esta caja y sin embargo está vacía!

* * *

Aldo Kane presionó ligeramente el calefactor de su traje. Bajo el tejido plástico aumentó la graduación del calor. A pesar de las temperaturas estables conseguidas en la Tierra por los grandes condensadores de energía y luz solar, el clima era frío aquella tarde.

Luego se detuvo delante del edificio rectangular, de cúpula aguda, destinado a residencia de físicos y matemáticos. Alguien le había dicho que encontraría allí al profesor Ohr Winkle, el colaborador directo y de plena confianza del desaparecido Kelhov.

Aldo Kane, tras el fracaso en la investigación llevada a cabo en la propia vivienda de Kelhov, desconfiaba ya de todo, y no cifraba

excesivas esperanzas en la entrevista con Winkle. Pero tenía que localizar a alguien que pudiera hablarle, al menos, de los afanes de Kelhov, de lo que andaba persiguiendo o que había encontrado, y que tanto interés parecía tener para «alguien».

Un ascensor le llevó a la planta residencial, situada sobre los grandes laboratorios y salas de estudio patrocinadas por el Estado Federal Terrestre. Allí los científicos destinados a labor oficial estatal trabajaban y residían, obligados por la ley de Seguridad Científica a no contraer matrimonio ni mantener familia alguna a su lado. Kelhov se había negado a obtener los beneficios importantes que el Estado pagaba a aquellos sabios elegidos, y por ello siguió siendo independiente, a pesar de que entonces en el planeta Tierra todo lo que fuese oficial y estatal suponía una mayor garantía de ingresos y de vida cómoda. Pero algunos, como Kelhov, preferían la independencia propia, la íntima satisfacción, por encima de la fría y productiva labor colectiva para los Departamentos de investigación del estado.

Ohr Winkle resultó ser un hombrecillo enjuto y de cabellos grises, facciones agudas y risueñas, sobre un cuerpo delgado y algo encogido. Saludó efusivamente a Aldo Kane, cuando éste le reveló ser amigo de Kelhov y venir a verle de parte de su esposa.

La noticia de lo sucedido en la Luna no había sido difundida aún en la Tierra, y Kane refirió a Winkle que Kelhov había sufrido un accidente, se hallaba aislado e inconsciente en la Base Lunar, y él creía ver en el accidente alguna influencia ajena, que podía estar interesada en los inventos y hallazgos científicos de Kelhov.

Winkle le escuchó sin pestañear. Luego meneó la cabeza escépticamente y opinó:

—No creo que nadie pueda desear mal alguno a mí colega Kelhov. Pero, si usted sospecha tal cosa, muy gustosamente le ayudaré en la medida de mis fuerzas.

—Gracias, profesor Winkle. En primer lugar, hemos intentado examinar los trabajos y anotaciones que el profesor Kelhov guardaba en su laboratorio…

—¿Y bien? —Winkle extendió sus manos; pequeñas y expresivas —. Eso les habrá dicho todo… Yo no puedo añadirles mucho más. Lo que estaba escrito allí indica que…

—No nos ha indicado nada…, porque los documentos han

desaparecido.

—¿Eh? —Winkle abrió mucho los ojos, clavados en Kane—. ¿Desaparecido? ¡Es absurdo!

—Podrá ser absurdo, pero es también muy cierto —objetó Aldo con frialdad—. Por eso estoy aquí, profesor. Lo que los papeles de Kelhov no pueden revelamos, acaso usted sea capaz de resolvérnoslo. Es la única posibilidad con la que contamos. Usted era su ayudante.

—Pues sí, yo he sido su ayudante siempre, pero no logro entender… ¿Por qué había de querer nadie los apuntes del profesor, si en realidad aún no había encontrado nada positivo?

—Nada positivo; ¿en qué, profesor Winkle?

—Verá, Kane… —el profesor paseó, hasta muy cerca de la vidriera. Por un momento su mirada resbaló sobre las cúpulas y torres de Metrópolis A. Un aire frío y un cielo nublado estaban transformando la tarde en algo gris, triste y desagradable—. Peter Kelhov buscaba muchos y ambiciosos hallazgos de la Ciencia. Decía que el mundo actual progresaba demasiado para que los hombres capaces de darle algo realmente importante se durmieran en el avance de la civilización.

—Y entre esos muchos inventos ¿qué podría haber que conviniese a un enemigo, a una fuerza capaz de utilizarlo contra la sociedad a la que Kelhov trataba de favorecer?

—¿Es ése el caso que supone? —Winkle, ante el asentimiento de Aldo, enarcó sus canosas cejas—. Pues verá, Kane… Mi compañero y maestro Peter Kelhov estaba dedicado últimamente a un único afán: el hallazgo de una materia ininflamable refractaria al más intenso calor, no susceptible de derretirse, quemarse o calentarse. En caso de encontrar esa materia, una aleación de dos nuevos métales y de una materia antiinflamable, que significaría la seguridad total en las astronaves, en la mayor fricción atmosférica, o en el más cálido de los lugares, ya que esa mezcla metálica poseería también, siempre según las esperanzas de Kelhov, un generador de frío que aislaría de toda alta temperatura el interior de la nave…

Aldo Kane asintió lentamente. Las explicaciones de Winkle eran plausibles. Lo que no comprendía era para qué podía necesitar un enemigo capaz de llegar a la Luna o a la propia Tierra —lo primero

se había demostrado claramente—, un material así en su beneficio. Por ello insistió.

—¿Y… ningún otro experimento, ningún otro invento?

—¡Absolutamente nada! —negó lentamente Winkle—. Nada de auténtico interés. Nada que pueda originar un robo de apuntes o cosa parecida. Alguna organización delictiva está en pos de ese invento.

—Sí, eso debe de ser… —Aldo frunció el ceño, pensativo—. La verdad, Winkle, me ha defraudado usted. Hace muchos años que los científicos van detrás de materiales antitérmicos, y si bien no se ha logrado nada absolutamente perfecto, no logro ver la razón de que un nuevo material, por muy perfecto que sea, despierte ese interés en… en ciertas personas.

—Pues no hay duda de que sería muy valioso, señor Kane —apuntó Winkle, sorprendido.

Kane no dijo hada. No quería revelar la verdad a Winkle. Pero estaba desconcertado. Había esperado otra clase de trabajo en Kelhov. Para un invasor de otro mundo, capaz de llegar con facilidad a la Tierra, un material refractario al calor no tendría valor alguno.

—Bien, espero que sus informes nos sean útiles, señor Winkle —dijo Kane suavemente, estrechando la mano del científico—. Gracias por todo.

Echó a andar hacía la salida del pabellón, acompañado por el servicial profesor que fuera ayudante de Kelhov. Como todos los demás, Winkle tenía allí material médico. Kane pasó entre una mesa quirúrgica, un armario de instrumental y una pantalla de Rayos X, camino de la salida.

De súbito, Kane tropezó con uno de los muebles de níquel cromado. Su impacto fue inesperado, reculó, y tropezó con Winkle. En el choque, éste cayó hacia atrás, golpeó el mueble de rayos infrarrojos, y cayó tras de su ancha pantalla luminosa, apagada entonces. Winkle, al caer, lanzó una imprecación.

Rápido, Kane hizo algo inesperado. Giró sobre sí mismo, cuando parecía que también él iba a caer, y su mano pulsó un botón rojo en los mandos del aparato de Rayos X con pasmosa celeridad.

La pantalla fluorescente se iluminó Winkle lanzó un chillido horroroso, al sentirse sometido a la acción infrarroja. Pugnó por

salir del lugar reservado a los pacientes, pero Kane ya no necesitaba ver más.

Mientas Winkle salía de allí, su cuerpo se siluetó perfectamente en la pantalla.

Aldo Kane no vio ni un solo hueso en todo su ser. «¡Winkle carecía de esqueleto!».

CAPÍTULO V

FRÍO



urguió Winkle del aparato de Rayos X totalmente transformado. Su rostro lívido, descompuesto, sus ojos terriblemente abiertos y vidriosos, fijos en Kane, expresaban un odio, una ferocidad implacables.

Kane habló dura y despiadadamente:

—Usted es otro de «ellos», Winkle… Debí sospecharlo antes…, cuando trató de engañarme con un falso invento, o con uno secundario en el programa de Kelhov…

Su mano se había alzado, armada ahora de la pistola desintegrante. Llameó. Un chisporroteo azul y terrible alcanzó a Winkle en plena faz pulverizándole. El alarido terrible del falso profesor se fundió en el silencio, justamente unos segundos antes de que las manos del que pretendiera ser Ohr Winkle hicieran presa en Kane. Sólo Dios sabía, lo que entonces hubiera podido suceder.

Winkle retrocedió y su impulso era tal ahora que su cuerpo descabezado al golpear la mesa quirúrgica la despedazó como si ésta fuera de papel. Nuevamente la extraña y asombrosa fuerza física de aquellos seres en plena descomposición de su estructura humana, se ponía de manifiesto.

Aldo Kane con ojos dilatados de horror, a pesar de que ya empezaba a habituarse a tan espantosa escena, asistió a la desintegración de la forma humana de Winkle que pronto una masa amorfa, de color lívido, cubierta de algo parecido a la escarcha sobre su extraña epidermis.

Pero en esta ocasión, Kane descubrió algo distinto en la «cosa» alucinante que yacía sobre el suelo bruñido de la sala. En las anteriores ocasiones vio la masa totalmente muerta, inmóvil. Más no ocurría lo mismo ahora.

¡La forma espantosa se movía, estaba latiendo, agitada por una vida interior y horrible!

Kane lo estudió con ojos fríos, sin perder la serenidad a pesar del escalofrío que recorrió su cuerpo hasta la misma raíz de los cabellos de su nuca.

Se dispuso a hacer nuevamente fuego con la pistola nuclear. Sin embargo no fue necesario. Poco a poco, la palpitación en el cuerpo amorfo y pestilente empezó a disminuir, como si «aquello» agonizara lentamente. Por último, con una convulsión atroz, terminó por inmovilizarse.

Aldo Kane respiró hondo. Vio flotar ante sí el vaho que salía de su boca al exhalar aire. El frío era intenso. Tanto que penetraba hasta en los edificios, venciendo la calefacción interior de los mismos. O acaso la presencia de aquel espantoso cuerpo a sus pies era lo que más frío producía a Kane.

Retrocedió lentamente. Alcanzó un teléfono y descolgó el auricular. Marcó las cifras del Departamento de Seguridad Civil, y cuando el encargado de la Central se puso, Kane informó velozmente, con voz ronca:

—Aquí Aldo Kane, desde el Pabellón de Científicos, he matado a Ohr Winkle. Comuniquen con urgencia al Gobierno la muerte de Winkle. Díganle que era igual que el profesor Kelhov en la Base
Tres-Luna.
Eso es todo…

Colgó cansadamente, y echó a andar hacia la salida. La voz de alerta estaba dada. La extraña invasión sólo comenzó en la Luna. También estaba ya desarrollándose en la Tierra. Winkle era el primer espía sacrificado.

¿Pero cuántos más quedaban? ¿Docenas? ¿Cientos… o miles?

La pregunta era angustiosa. Y por ahora no tenía respuesta.

* * *

Aldo Kane se detuvo ante la entrada a los Grandes Centros Experimentales y Científicos del Estado Federal Terrestre.

Era un edificio poligonal, todo de vidrios metalizados y de acero centellante, en una explanada amplísima, en los límites de la gran ciudad. Una cerca alambrada, con corriente eléctrica de alta tensión para mantener a distancia a los posibles intrusos, rodeaba el terreno acotado.

Kane, enfundado en su gruesa chaqueta de piel, con calefacción interior, y las manos protegidas por unos recios guantes, descendió de su vehículo aero-terrestre, en la explanada misma. Tras él lo hizo Marcia Hanley, también muy abrigada.

Una fina pero copiosa nevada estaba cayendo sobre Metrópolis A. Los boletines meteorológicos y de noticias expresaban su perplejidad por el fenómeno atmosférico, que provocaba nevadas y un descenso radical de la temperatura en pleno verano.

Y lo más sorprendente era que los pronósticos señalaban todos, con rara unanimidad, un aumento progresivo del frío general que azotaba a la Tierra en las últimas horas.

Los meteorólogos se reservaban, de momento, su criterio sobre lo que estaba sucediendo. Y en los centros oficiales había preocupaciones más profundas que un cambio de clima, por absurdo e inexplicable que éste resultara, para demostrar interés alguno hacia ello.

Aldo Kane, tras protegerse del frío reinante con las ropas adecuadas, recogió a Marcia Hanley, y partió con ella a los Grandes Centros Experimentales. De éstos había recibido noticias, en el sentido de que a primeras horas de aquella noche habría algún resultado definitivo de los análisis de las materias extrañas enviadas, y él, como eficaz colaborador de la Seguridad Civil en

aquella extraña lucha iniciada en la Luna, con el descubrimiento del secreto del falso Kelhov, tenía derecho a ser partícipe en los descubrimientos, por lo que había sido invitado especialmente a la reunión especial de urgencia concertada para aquella misma noche por autoridades y científicos.

—¿Que espera usted de esta convocatoria, jefe? —preguntó Marcia, mientras avanzaban sobre el barro formado por la nieve derretida, en los terrenos acotados del gobierno.

—No sé. Supongo que habrá algo nuevo en el resultado de los análisis. Pero no quiero especular sobre lo problemático, hasta no ver las cosas tal como son.

—¿Se ha dado cuenta de que el enemigo, sea lo que sea, debe de estar abiertamente contra usted, jefe? Es posible que a estas horas sepan que deben a sus dudas, e incluso a sus acciones, los fracasos parciales de su proyecto.

Aldo volvió la cabeza hacía ella y la miró pensativamente a través de la tenue cortina blanca, formada por los menudos y persistentes copos de nieve. Asintió muy despacio.

—Sí, es verdad —admitió—. Soy algo así como su adversario número uno, hay tres bajas importantes, tres puestos clave que he eliminado: Kelhov, Slade y Winkle. No me lo perdonaran fácilmente, si son tan listos como parece, bajo su fea y nauseabunda apariencia.

Una guardia armada, de uniforme blanco y distintivos azules, les detuvo en la entrada a la edificación poligonal, exigiendo sus documentos de identidad. Los comprobaron en un electro-confirmador. No contentos con eso, una vez devueltos los documentos, les pasaron por una pantalla ampliadora de Rayos X, y examinaron a fondo su radiografía. Luego se les dotó de una chapa especial, de tono fluorescente azul, que les permitió pasar la densa muralla de vigilancia establecida en el pabellón central.

Cuando llegaron a una cámara cuadrangular, ocupada por altas personalidades científicas y militares, Kane parpadeó con cierta sorpresa al descubrir al propio Kent Yordan, Jefe Supremo del Mando Internacional en el mundo.

Yordan, con su uniforme azul y las insignias de su alto cargo, avanzó hasta Kane, estrechando calurosamente su mano. El investigador quedó algo confuso ante la muestra de cordialidad del

importante dirigente político y militar de la Tierra.

—Mi querido señor Kane —habló Yordan con firmeza—. De no mediar su providencial intervención en varias fases de este caso, seguiríamos totalmente inermes ante un enemigo que no va a ser fácil, ni mucho menos.

—Entonces… ¿está comprobado ya que es un enemigo? —inquirió, tenso, Kane.

—Sí. Espere un momento a que el mariscal Stahner anuncie el informe oficial. Entonces sabrá la verdad…, que no se diferencia mucho de la que usted sospechó.

Yordan fue reclamado por varios altos dignatarios, y se alejó de Kane con una rápida disculpa. Éste y Marcia se contemplaron con rostro levemente pálido e inquieto.

—¿Ha oído eso, Marcia? Saber que estaba en lo cierto, no es precisamente para sentirme feliz, ¿no le parece?

—Sí, eso creo. Yo pedía a Dios todo este tiempo que estuviera usted equivocado. Era preferible una epidemia, cualquier cosa menos… eso.

Poco después se hizo el silencio en la reunión. Los presentes ocuparon sus asientos, y un juego de altavoces difundió el boletín de análisis a todos los presentes:

—Señores: El resultado del análisis de ciertos restos entregados oficialmente de nuestra Base Tres en la Luna, es el siguiente, desprovisto de términos científicos que no estarían al alcance de muchos de ustedes: «La materia» analizada, corresponde al cuerpo de un ente vivo, consciente y racional, posiblemente de alta inteligencia por el desarrollo de lo que en él es organismo cerebral o que en su ambiente ejerce las funciones del cerebro humano. Podríamos situarlo en el paralelismo de una mezcla de mamífero de reptil y de cefalópodo, totalmente inimaginable para nosotros. Algo así como fundir las naturalezas de un león, una serpiente y un pulpo, en un solo ser, mezcla de todo ello. Invertebrado, de forma variable, de características «polimórficas», que le permiten adaptarse a cualquier aspecto físico, lo que, unido a su desarrollado poder cerebral, le hace altamente peligroso como ser capaz de reproducir exactamente a otro cualquiera, reduciendo o agrandando su propio volumen a voluntad. Por añadidura, es anfibio, puede respirar lo mismo un aire rico en oxígeno como otro nocivo,

cargado de metano y de otros gases letales para nosotros… pero tiene un solo punto débil. Su naturaleza sería incapaz de tolerar un clima cálido o simplemente normal, más allá de un mes, cualquier forma que esté. Y con la suya original, ni siquiera puede tolerar un clima superior a los doscientos cincuenta grados bajo cero…

Hubo silbidos de estupor y frases atónitas, mientras proseguía el boletín de tan asombrosas noticias para los hombres de la Tierra:

—… Los científicos de este laboratorio coinciden, pues, en admitir, que el origen de esas criaturas que hasta hoy estuvieron ocupando puestos clave en nuestros sistemas científico-militares, y cuyo descubrimiento y caza se hacen totalmente necesarios, es, sin duda de ningún género, extraterrestre. Vinieron de otro mundo. De un mundo muy frío, quizás fuera de nuestro Sistema Solar, o de los límites del mismo, en Neptuno o Plutón. Su único fallo estriba en que no pueden crear artificialmente osamentas ni esqueletos, por lo que son descubiertos a través de Rayos X, e identificados de esa forma sin lugar a dudas. Este laboratorio confiesa ignorar por completo la forma de transporte utilizada por tales criaturas para alcanzar la Tierra, así como su origen cierto. Al ser atacados por armas nucleares se descomponen y vuelven a su materia original pero nada más recuperarla, mueren. Y no por la acción nuclear, sino por el intenso calor que ésta genera y por el propio clima terrestre, que pudre su materia en escasos segundos.

Se apagó la voz en los altavoces. Una tempestad de comentarios, de rumores, de interjecciones y de ruidos siguió al silencio de muerte que duró dos o tres segundos. Fue como si todos se pusieran de acuerdo.

Aldo Kane se puso en pie, sombrío. Marcia, a su lado, instintivamente, aferróse a su brazo, musitando:

—¡Doscientos cincuenta grados bajo cero! ¡Dios mío, jefe! ¿Hay esa temperatura en algún sitio?

—Sí. Y mucho más bajas aún… —Kane miró hacia las vidrieras acorazadas, a través de las cuales, el paisaje se blanqueaba por momentos, bajo la copiosa nieve. Eso hace parecer tórrida una temperatura tan fría como la nuestra de hoy. Aunque en realidad, el frío les ayuda a «ellos». Hoy mismo, Winkle tardó más que los espías de la Luna en morir…

Se detuvo de pronto, con una expresión inquieta. Sus ojos fueron

de la densa nevada que todo lo borraba en el exterior, tras una cortina tupida de blancos copos, al interior, bien dotado de calefacción. Marcia le estudió, sorprendida.

—Jefe… ¿Ocurre algo? —preguntó suavemente.

—Estaba pensando… Pensando en lo extraño de esta ola de frío… Y me preguntaba… —Se detuvo ante el ventanal. Alzó la cabeza, clavando los ojos en el cielo cubierto de nubes rojizas—. Me preguntaba, Marcia, si este extraño frío «no está provocado desde alguna parte».

—¡Pero, jefe! ¿Quién iba a provocar una ola de frío en todo el mundo?

—«Ellos», Marcia… «¡Ellos!».

Y Marcia se estremeció, invadida por el horror que le produjo el asombroso anuncio de Aldo Kane…

* * *

—¿«Ellos»? ¿Ellos capaces de provocar frío? —El mariscal Stahner y Kent Yordan se miraron entre sí, asombrados. Luego dirigieron su mirada escéptica a Kane—. ¡Es absurdo! Por poderosos que sean, no pueden dominar la atmósfera, el clima… Nadie puede interponerse entre el Sol y la Tierra.

Aldo Kane no respondió en el acto. En su lugar, se acercó lentamente al gran mapa celeste iluminado que cubría toda una enorme pared, y en él, con luces de color diferente y cifras en escala milimétricamente exacta, se hallaba el Sistema Solar completo, incluidos en torno a la Tierra los satélites artificiales enviados por el hombre, las estaciones espaciales, los espejos solares y todo cuanto a lo largo de sesenta años se había lanzado al espacio y logrado situar en órbita permanente.

Su mano señaló directamente al espacio celeste entre el astro rey y la Tierra.

—Tal vez, señores, ahí esté la clave de todo —dijo roncamente —. Fue una idea que se me ocurrió viendo nevar esta noche… No es comprensible esta ola de frío en pleno verano. Ningún observatorio meteorológico había previsto tal fenómeno. Y la temperatura desciende, desciende y desciende… ¡Ahí fuera se está ya muy por debajo de los veinte grados bajo cero! ¿Se dan cuenta de lo que

puede suceder en poco tiempo?

—Kane, usted delira sin duda… —saltó Stahner—. No pueden tener poder para cambiar el tiempo. Absolutamente nadie es tan fuerte…

—Tampoco nadie puede cambiar de forma, salvo el camaleón, que lleva su variación simplemente al color. Sin embargo, ahí están esas criaturas o «cosas», alterando su forma, su naturaleza… ¿Por qué no suponer que también alteran la atmósfera terrestre? Si seguimos descendiendo de temperatura a esta velocidad, dentro de dos o tres días, los doscientos cincuenta grados bajo cero, necesarios para sobrevivir esos seres y para morir nosotros congelados, reinarán sobre la Tierra. ¡Lo que se haya de hacer, si este frío sigue aumentando, ha de ser rápido y certero!

—¿Sugiere usted algo? —inquirió Yordan, que parecía vacilar, convencido por Kane.

—No sé… —Se pasó una mano nerviosa, trémula, por los oscuros cabellos. Inclinó la cabeza—. No sé, señores… No soy yo quien puede resolver problemas tan graves. Sólo apunto teorías, ideas que me asaltan… y que me aterran. Pero que no está en mi mano impedir… ni tan siquiera demorar. Vamos, Marcia. Estoy fatigado. Creo que necesito descanso…

Saludó a Stahner y a Yordan. Salieron del pabellón Central, donde acababan de tener la entrevista privada con los altos jefes terrestres. Ahora, posiblemente éstos cambiarían urgentes impresiones con el Presidente de los Estados Terrestres. Pero eso era ya cosa de ellos. Aldo Kane no podía hacer nada. Había hecho ya cuanto estaba en su mano al avisarles de lo que, a su juicio, explicaba aquel extraño fenómeno del frío desencadenado súbitamente sobre la Tierra.

Entraron en la nave de Kane, parada en la explanada, blanca y endurecida ahora por el frío glacial. Sobrevolaron la ciudad, que ofrecía un manto níveo y denso por doquier. No circulaba absolutamente nadie por las amplias avenidas ni por las autopistas aéreas.

Aldo conducía el cohete a escasa altura sobre los edificios, contemplando ensombrecido el panorama blanco, desolado. Junto a él, Marcia Hanley se mantenía también callada, estremecida por algo más que el frío, cuya intensidad no llegaba a penetrar en el

vehículo espacial.

—De modo que si son esos seres los que provocan el frío… ¿no hay medio de luchar? —preguntó de pronto Marcia.

—Yo he luchado contra hombres, puedo luchar contra criaturas extrañas, siempre que sean algo físico y estén ante mí —declaró Kane—. Pero ¿cómo puedo enfrentarme a la atmósfera, al frió, la nieve?

—Eso es cierto, Jefe. Si al menos supiéramos de qué lugar del espacio llegan, y el hombre fuera capaz de alcanzar ese punto, se combatiría hasta intentar aniquilarles…

—No sé de qué forma se puede aniquilar a un pueblo que vive a doscientos cincuenta grados bajo cero, como mínimo. El análisis dice que toleran ese frío. Pero igual pueden estar a mil bajo cero, desenvolverse en pleno hielo. Y ningún ser viviente podría combatir en esas circunstancias.

La nave de Aldo Kane planeó sobre la terraza de la vivienda del investigador. Pese a que sus termorreactores barrieron la superficie helada para limpiarla de nieve, apenas sí lograron derretir una parte. El frío era intensísimo. Una vez posados, Kane y ella salieron del cohete entrando apresuradamente en la casa. El aire helado cortaba la piel. Silbaba ululante, al barrer la superficie terrestre, blanqueada por las grandes nevadas.

—¡Cielos, nunca agradecí tanto un calor como éste! —suspiró Marcia, respirando el aire caliente de la vivienda de Kane.

—Y aun así, la temperatura desciende también en las casas —advirtió sombríamente Kane—. Dentro de poco, nos será imposible combatir el frío. Esperemos que mañana, al amanecer, cambie todo. Pueden situar en órbita varios espejos solares de gran potencia, que nos den luz concentrada.

—¿Y si eso fracasara?

—No puede fracasar. Además, estamos en verano. Nadie pudo jamás vencer al Sol… ¡y espero que ésta no sea la primera vez, Marcia!

Ella le miró fijamente. Observaba el aire inquieto, preocupado, del joven investigador. Preguntó, interesada:

—¿Por qué no se acuesta, jefe? Debe descansar. No trabaje ahora más. Como ha dicho antes, usted no puede hacer nada. Y si nuestras autoridades no pudieran tampoco… Solamente estaríamos en

manos de Dios. Confíe en Él, Kane. Se lo ruego.

—Gracias, Marcia. —Aldo la miró con simpatía, y palmeó suavemente su brazo—. Muchas gracias por todo. Usted puede retirarse ya a descansar. Yo iré también. Mañana no madrugue mucho. Es posible que nos aguarden jornadas de mucho trabajo y tensión, y conviene acumular energías y reposo.

—Jefe, usted sabe que no podré estar en mi casa ni un minuto más, después de amanecer. Que como todos me levantaré, clavando mis ojos en el sol naciente, esperando de él la respuesta definitiva a nuestra angustia de ahora…

Aldo asintió, pensativo. Comprendía que no podía objetar nada a Marcia. Él también, después de todo, sería de los esperanzados y también asustados terrestres que seguirían, a través de sus ventanas, el ascenso del sol en el horizonte… esperando lo mejor. Pero temiendo lo peor, en el fondo de su ser.

—Está bien, Marcia —suspiró—. Buenas noches.

—Buenas noches, jefe…

Le vio alejarse hacia el ala del edificio que él ocupaba. La puerta metálica deslizóse tras de la figura abatida de Aldo, cerrándose. Marcia exhaló el aire de su pecho profundamente, y se encaminó, a su vez, a sus propias estancias en la vivienda de Aldo Kane.

Cuando había trabajo intenso, Marcia nunca iba su casa. Era una muchacha independiente, soltera y sin familia, desprovista de los prejuicios moralistas de pasadas generaciones. Y Kane era un caballero. Por tanto, la convivencia entre hombre y mujer, supeditada exclusivamente en el 2018 a la propia ética y moralidad de cada uno, no constituía peligro alguno por la elevada formación del individuo de aquella sociedad, y por la total carencia de la murmuración como arma del prójimo.

Cuando Marcia se tendió en el lecho, sus pensamientos giraban totalmente en torno a la fantástica sucesión de acontecimientos de última hora.

Y solamente una breve plegaria brotó de sus labios, musitada con voz ronca, que expelió vaho al frío aire de la estancia.

—¡Dios mío!… El Sol es nuestro más preciado don. No queremos perderlo… ¡Señor, escúchanos en esta hora…!

* * *

Despertó súbitamente, aterida por el intenso frío que se filtraba hasta el último rincón del lecho, pese a las mantas autotérmicas. Su mirada fue directamente a la esfera luminosa de su reloj anular.

Eran las siete. Saltó del lecho, en las sombras de su habitación. Ésta era interior, igual que toda aquella ala del edificio. Corrió por un pasillo, echándose un batín encima, iluminada por la claridad artificial, azulada, de un jardín cubierto.

Cuando abandonó el corredor, se encontró en la sala central del edificio, con su semicírculo de grandes ventanales. Había madrugado mucho. Pero no era la primera.

Aldo Kane, un Aldo Kane pálido, ojeroso y estremecido, se volvió a ella, mirándola con abatimiento, con desesperación. Detrás suyo, como un lívido y espantoso telón de fondo, aparecía el cielo neblinoso, turbio. Con un sol redondo y cárdeno elevándose hacia su cénit.

Pero un sol frío, distante, apagado. Como podrían verlo desde Júpiter o desde otro mundo lejano. No en dimensiones, sino en luz, en calor. La Tierra, a la lívida luz
azul-gris
de la mañana, con las sombras pálidas proyectadas por la luminosidad muerta de un sol sin calor, parecía también un horrible espectro. El espectro de un mundo que, desprovisto de su única fuente de vida, agonizaba lentamente, bajo una implacable oleada glacial.

De los árboles que flanqueaban las modernísimas calles de Metrópolis A, habían caído al suelo nevado millares de pájaros. Pequeñas formas ateridas, rígidas, cuerpecillos cubiertos de plumas y de hielo, yacían sin vida en las calles de la ciudad. Era de imaginar el desolador panorama de muerte en los campos y en los mares.

—Nada, Marcia… —susurró roncamente Kane, con los hombros hundidos y el rostro de un color ceniciento, sin preocuparse siquiera de los escalofríos que le sacudían—. Estamos muriendo… muriendo de frío… ¡Y no podemos hacer nada por evitarlo! Nada, salvo esperar la muerte… en un mundo que también se muere por momentos…

Marcia, estremecida por el frío gélido, por el terror más vivo, retrocedió llevándose una mano trémula a la boca.

Supo que era cierto… Que Aldo Kane decía verdad. Y que ahora no había solución.

El mundo estaba muriendo… y ellos con él.

CAPÍTULO VI

UNA ESPERANZA


o le importaba el aire glacial que azotaba su rostro, sus ropas. Enfundado en el grueso sobretodo con capucha impermeable y auto-térmica, tan inútil como si llevara ropas veraniegas, Aldo Kane avanzaba por las calles.

Cabizbajo, con las manos hundidas en los bolsillos, se detuvo ante establecimientos desiertos, que el día anterior rebosaban de clientela. Unos anacrónicos anuncios de bebidas heladas y de refrescos habían caído de su sitio, y los arrastraban las heladas ráfagas de viento.

Bajo los pies del detective crujía la endurecida nieve. Se habían quebrado ya los termómetros, o helado el mercurio dentro de ellos. Ignoraba qué temperatura estaban resistiendo, gracias a denodados esfuerzos por mantener al máximo los grandes calefactores urbanos. Pero cuando éstos fallaran, ni un solo ser sobreviviría en la faz de la

Tierra.

Apenas si encontró a media docena de personas, a lo largo de un desesperanzado y hosco paseo de más de una milla de distancia. Los vehículos urbanos no funcionaban, las emisoras de televisión solamente transmitían telenoticias en las pantallas callejeras, con boletines meteorológicos o frases de aliento de los gobernantes, que no calarían muy hondo en una humanidad abatida, congelada y triste.

Las noticias del mundo entero, desde los Polos al Ecuador y desde Oriente a Occidente, eran iguales. El frío se extendía por igual, el sol era algo virtualmente inexistente, pálido y sin calor, como una fría moneda de oro colgada del azul grisáceo y torvo del cielo.

Cuando Aldo Kane oyó decir que había fracasado el lanzamiento de seis grandes espejos solares, así como la noticia de que los espejos condensadores ya en órbita desde hacía treinta años, habían cesado de reflejar calor y energía, sus últimas esperanzas se derrumbaron como simples castillos de naipes.

Era el final. La última intentona, Y la última derrota también. Si los espejos solares no podían lograr el milagro, nadie lo conseguiría ya.

Se detuvo un instante en su paseo, frente a un edificio que le era familiar. Perplejo, miró en torno suyo, a la desierta, plaza nevada, por la que solamente circulaba él, como un fantasma errante.

Recordó. Insensiblemente, sus pasos le habían llevado de nuevo al lugar donde estuviera el día antes. La vivienda de Peter Kelhov, el sabio suplantado.

Contempló el hielo colgando, como estalactitas de cristal, de muros y ventanales. La terraza nevada, la escarcha en los cristales. De allí había ido a ver a Winkle. Y Winkle resultó ser también un enemigo. Le había desviado de la verdadera pista con una historia falsa sobre un supuesto material antiinflamable. Algo en lo que no hubiera trabajado Kelhov, por ser demasiado vulgar.

Pero desaparecido el auténtico ayudante y el auténtico profesor, desaparecidos los documentos también…, ¿quién le iba a ayudar? ¿Quién iba a decirle lo que inventó Kelhov, o lo que pretendía inventar, y que los invasores trataban de utilizar en su favor?

La sombra de alguien cruzó por una ventana. Probablemente la

señora Kelhov, la bella dama vestida de negro ahora, todavía moraba allí, esperaba su propio fin bajo la helada costra que iba solidificándose sobre el mundo, aplastando sus tierras y sus seres.

De súbito, la sombra regresó. Un rostro pálido y casi irreconocible asomó tras los cristales. Kane identificó con trabajo a la hermosa Dorian Kelhov, demacrada y lívida. Ella agitó su mano, invitándole a entrar.

Kane aceptó la invitación y se movió hacia la casa. Le abrió automáticamente la puerta, y él subió los escalones hasta la planta alta. Dorian Kelhov, vestida ahora con ropas de intenso abrigo, aterida y trémula, le aguardaba al pie de la escalera.

Aferró su brazo con auténtica desesperación. Los ojos femeninos reflejaban miedo.

—¡Dios mío, gracias que al fin veo a alguien! —Ella señaló al desolado exterior—. ¡Es horrible ver eso, presenciar esta ola que va a aniquilarnos a todos, y no poder hacer nada por escapar a ella! Esas calles desiertas, este frío…

—Señora Kelhov, los hombres de ciencia luchan por evitarlo. Pero va a ser muy difícil lograr nada. El hombre habrá evolucionado mucho, pero hay cosas para las que sus pobres fuerzas son insuficientes…

—Esto me recuerda algo que jamás sentí antes de ahora, salvo en una ocasión. Un frío similar a éste. Solo que entonces duró apenas unos segundos…

—¿Sobrevoló acaso el Polo Norte? —sonrió Kane, burlonamente.

—No, no. Fue aquí mismo, en casa… hace casi un año…

—¿Aquí? Ah, vamos, se estropearían los tubos de aire acondicionado, o algún mecanismo se alteró, dándoles frío por calor, ¿no es eso?

—No, señor Kane, tampoco era eso.

—Entonces confieso que no la entiendo. Yo jamás conocí un frío así.

—Tampoco lo había conocido yo hasta ese momento —el ceño de la señora Kelhov se frunció, en el esfuerzo por evocar algo—. Me asustó tanto, que le pedí a mi esposo que cortara el experimento y no volviera a…

—¿Qué experimento? —atajó con viveza Kane—. ¿A qué se refiere?

—Oh, era algo que andaba buscando por entonces. Pero creo que abandonó las investigaciones, asustado de sus resultados. ¿Sabe lo que me dijo cuando cerró el pequeño aparato que había fabricado? «Mi querida Dorian, he creado algo que me aterra a mí mismo. Destruiré esto, para que nadie pueda servirse de ello». Y debió destruirlo, porque jamás he vuelto a verlo por aquí.

—Señora Kelhov —el tono de Aldo era rudo, imperativo y lleno de tensión—. Por favor, no divague más y hábleme de eso. ¿Qué es lo que había creado su esposo? ¿Qué más dijo él entonces?

—No habló mucho más. No era muy explícito con sus cosas, ya se lo he dicho. Sabía que yo no entendía gran cosa de laboratorios y de ciencia, y no se esforzaba por obligarme a aprender. Lo que sí recuerdo es que añadió, guardando el aparato en un estante de su mueble de material investigador: «Será mejor que nadie toque jamás este aparato, querida… Buscaba un medio de aproximar al hombre hasta el mismo Sol, pero no creo que éste sea el camino. En poder de un loco o de un criminal, podría acabar con la especie humana y con todo signo de vida sobre la faz de la Tierra».

—¿Eso dijo? —Muy alterado, Aldo oprimió de tal modo el brazo de ella, que Dorian Kelhov crispó su cara, con gesto de dolor. Kane lo observó, soltándola—. Oh, perdone. Pero, por favor, le ruego que trate de recordar. ¿Dijo eso? ¿Nada más?

—Nada más.

—¿Y no ha vuelto a ver el aparato en cuestión?

—No.

—¿Qué hizo él exactamente con ese aparato?

—Manipuló unos mandos, y se extendió un frío terrible por toda la casa; como si estuviéramos en Pleno Polo. No llegó a girar del todo un botón, para lograr ese frío. Luego lo cerró de nuevo, riendo, y nada más.

—¿El frío brotaba de aquel aparato?

—Parecía brotar de todas partes en realidad. El aparato más bien parecía un congelador del aire. Pero no me pareció tan peligroso como él decía. Hay refrigeradoras de atmósfera tan fuertes como aquél, y nada sucede.

Aldo Kane asintió, sin objetar nada. Tras una leve pausa, interrogó:

—¿Podemos ver ese armario donde lo guardó su esposo?

—Sí, pero no encontrará nada. Ya le dije que debió de destruirlo…

—¿Hace mucho tiempo?

—No lo sé. Yo nunca miro sus cosas. Pero ayer, al irse usted, estuve buscando por todas partes, por si hallaba anotaciones que le fueran útiles. Y, desde luego, el artefacto aquel no estaba ahí. Ya le dije que hace un año de eso…

—A pesar de todo, querría examinar ese armario…, si usted me lo permite.

—Bien. Entonces venga conmigo…

Volvieron al laboratorio. Un armario metálico, situado tras una mesa destinada a tubos de ensayo y microscopios, era el objetivo de la señora Kelhov. Se detuvo ante él, haciéndose a un lado, y lo señaló con mano firme.

—Ahí tiene el lugar. —Informó—. Primera estantería superior.

Kane era alto. Lo bastante para dominar con sus ojos el lugar donde ella señalaba. Vio diversos útiles. Y un espacio en blanco. Miró atenta, escrutadoramente. El polvo había formado allí una fina película. Excepto en un rectángulo de un medio metro de longitud. Los dedos de Kane pasaron por allí lentamente. Retiró polvo de un lado. Del rectángulo, absolutamente nada. Volvió los ojos a ella, excitado.

—¿Ésa puede ser la señal que dejó el objeto sobre el mueble?

—Sí. Es más: estoy segura de que es ésa. Tiene sus mismas dimensiones. Y nunca hubo ahí otra cosa, que yo sepa.

—Pero en ese caso… —Kane se volvió lentamente—. En ese caso, señora Kelhov, el objeto ha sido retirado de ahí hace muy poco tiempo. En realidad, hace días. Porque no hay polvo donde dejó su señal.

—¿Qué quiere decir con eso, señor Kane?

—Winkle me habló de algo relacionado con antitérmicos. No creí en él, porque no era Winkle, sino uno de esos seres horribles, señora Kelhov.

—¡Dios mío! ¿También Winkle?

—Sí. Lo que me dijo era falso. Su esposo no trabajaba en metales antiinflamables estoy seguro.

—Que yo sepa, nunca le preocuparon los metales. No era tarea suya…

—Lo imaginaba. Pero sí parecía preocuparle lo que pudiese combatir el calor. ¿Por qué? Usted me ha dado una clave. Y tal vez muy importante…

—¿Yo?

—Si, señora Kelhov. Su marido dijo: «Busco un medio de aproximar al hombre al Sol». Y eso no se logra con un simple refrigerador. Ni con un metal aislante… sino restando calor al propio Sol.

—Eso es algo imposible. Ni mi esposo ni nadie en el mundo podrían lograrlo.

—Pues alguien lo ha logrado. —Aldo Kane señaló al exterior—. ¡Mire ahí, y lo comprenderá, señora Kelhov! ¡El Sol parece apagarse, no nos da luz ni calor! Y, en cambio, sigue a igual distancia, su tamaño y apariencia es la de siempre.

—No puede tener relación una cosa con otra…

—De momento, sólo es una teoría, increíble y absurda. Pero también es absurdo lo que está sucediendo. Y nadie discute que suceda, porque todos lo estamos viviendo. Tal vez ahora, por fin, estamos ante la razón de que su esposo fuera secuestrado y suplantado. Tal vez, también, ante el motivo que les llevó a raptar también a Winkle, para que no revelase a nadie aquello en que últimamente trabajaba su maestro. Y el invento sensacional del profesor Kelhov está siendo utilizado para extinguir la vida terrestre, para congelar la Tierra. En suma… «¡para preparar el terreno a unos invasores helados!», ¡que llegan de un mundo frío y sin sol!

Dorian Kelhov parpadeó, aturdida. Hubiera querido discutir a Aldo Kane aquella cuestión. Pero, evidentemente, carecía de fuerzas y de razones para oponerse a la audaz teoría del detective.

En su fuero interno, pensó también que aquello era posible. Y tal vez por ello sintió más terror que nunca…

* * *

Rostros pálidos e incrédulos rodeaban al conferenciante. Ojos llenos de asombro no apartaban de él su mirada. Las ropas de abrigo les hacían parecer a todos raros esquimales, encaramados en sus asientos de la gran Sala de Conferencias del Palacio Central.

Estaban allí los más importantes sabios, astrónomos, investigadores del espacio y hombres de ciencia de la capital del Mundo. En el estrado, exponiendo sus teorías con voz vibrante, Aldo Kane, un simple detective privado, joven y atlético, que confesaba su ignorancia en conocimientos profundos de la Tierra y los demás planetas. Pero que tenía imaginación, cerebro y un espíritu analítico capaz de desarrollar las más osadas hipótesis con claridad, concisión y rudeza.

El más profundo estupor siguió a las revelaciones de Aldo Kane. Corrieron comentarios y susurros excitados entre los participantes a la conferencia, convocada con el signo de la más angustiosa urgencia.

—Yo, señores, tras exponerles mí convicción absoluta de que el profesor Peter Kelhov descubrió un medio de aislar cualquier punto del efecto del calor solar, de debilitar su luz y sus calorías hasta su límite casi nulo, he de confesarles que no sé cómo combatir ese enfriamiento terrestre, ni siquiera la forma en que pueda intentarse remotamente…

La voz de Kane proseguía sonando por los altavoces de la vasta sala. Los traductores automáticos iban grabando simultáneamente en cintas magnetofónicas su voz, que pasaba por los controladores en el acto, transmitiendo su discurso en diversos idiomas a los reunidos en los estrados circulares, que escuchaban con suma atención.

Aldo continuaba, cada vez más seguro de sí mismo, más erigido en absoluto conductor de la precaria situación humana, en aquel lugar siempre cálido y confortable y ahora invadido por un frío glacial, que nada ni nadie podía combatir:

—Lo primero, ante todo, es localizar el origen de nuestros enemigos. Ya sé que están siendo localizados muchos en la Tierra, gracias a las pruebas de los Rayos X. Pero «ellos» lo han sabido, y han puesto en marcha su arma definitiva: la congelación del planeta. Con ello, no sólo aniquilan a nuestra raza, sino que sitúan al mundo en una temperatura que ellos pueden tolerar. Incluso es posible que logren el enfriamiento total, y las cifras bajo cero desciendan a miles de grados. Un terreno idóneo para nuestro horripilante adversario mezcla de reptil y cefalópodo.

Hizo una pausa, golpeó el estrado y remachó con voz vibrante:

—¡Yo pido una acción rápida e inmediata, en busca del origen de esos seres! ¡Y yo pido también que todos sean capaces de resistir entre tanto, que se luche contra este frío aniquilador, con todas nuestras fuerzas…, y que no perdamos nuestra fe en la voluntad de Dios! ¡Todavía no nos han vencido! ¡Y sí su poder ha necesitado de los conocimientos humanos para triunfar, como demuestra por sí solo el rapto de Kelhov para aprovecharse de su invento, es porque somos aún los más fuertes, y debernos hacer uso de esa fuerza, en defensa de la tierra que pisarnos y en defensa de nuestra supervivencia y de la de nuestros semejantes!

Aldo Kane había ganado la partida contra un auditorio de fríos y desapasionados científicos. Parecía poco, pero a juicio de Aldo Kane, ya era suficiente para luchar, para intentar algo, en aquella última puerta de esperanza, abierta a un futuro sumamente precario, por fuerza lleno de una urgencia desesperada y violenta, en pugna por salvarse del desastre inevitable…

Era una esperanza. Kane supo que podía alimentarse esa esperanza, cuando se retiraron los científicos a trabajar contra reloj.

Y la esperanza creció débilmente en su corazón, cuando poco después un escueto informe llegado a sus manos le llenó de sorpresa:

> «Los científicos e investigadores terrestres, reunidos y tras un estudio profundo de la cuestión, han hallado un lugar hipotéticamente posible como punto de partida de los invasores.
>
> »Un mundo donde son posibles las temperaturas ínfimas, por debajo de dos y de trescientos bajo cero. Un mundo situado entre la Tierra y el Sol, desde el que un ingenio teóricamente parecido al supuesto invento del profesor Kelhov, podría establecer esa barrera antitérmica y antilumínica, en el caso de ser posible. Un mundo del que se han localizado en algunos observatorios, recientemente, radiaciones parecidas a las que producirían vehículos espaciales, en marcha hacia la Tierra.
>
> »Ese mundo es MERCURIO».

CAPÍTULO VII

MERCURIO



ercurio!

Marcia Hanley abrió unos ojos como platos. Estudió atónita a Aldo Kane.

—Sí, Marcia. Es Mercurio…

—¡Pero, jefe, eso no es posible! Mercurio está muy cerca del Sol… Treinta y seis millones de millas, casi exactamente. Que, comparadas a los noventa y tres millones que separan la Tierra del Sol, convierten a Mercurio en un horno, en un planeta achicharrado por la luz solar…

Aldo Kane asintió, sonriente.

—Eso es cierto, Marcia. Pero si se hubiera preocupado de repasar un poco más sus conocimientos astronómicos, habría descubierto que en Mercurio se da la circunstancia de que su período de rotación es idéntico al de traslación, por lo que en sus

giros en torno al Sol, siempre le ofrece la misma cara, o hemisferio. Esa cara estará calcinada, abrasada por el Sol, ciertamente…, pero, por contraste, la otra cara jamás vio la luz solar, y permanece en una noche eterna y helada, que tal vez rebase hasta los quinientos grados bajo cero, que serán, más o menos, los que marcaría sobre cero si fuera posible medirlos, en el lado opuesto. No se nos ocurrió a nadie esa idea tan sencilla, precisamente por ese prejuicio mismo a que usted aludía antes. Se da por supuesto que Mercurio es algo así como bola de tierra ardiente, sin pensar en su fenómeno de rotación y traslación de igual duración, que provocan esa diferencia radical de climas. A Mercurio jamás ha llegado el hombre, por su proximidad solar, que aniquilaría a cualquier nave y al piloto de ella, tras haberle dejado ciego con su intolerable luz. Nadie pensó jamás en pasar más allá de Venus, que dista treinta y un millones de millas de Mercurio.

—Por tanto… todo sigue igual. No hay solución para alcanzar Mercurio, para combatir a esos horribles seres que pretenden matarnos de frío…

—Eso parece, Marcia.

Aldo Kane contempló desde el ventanal las calles, totalmente desiertas e impracticables por el hielo. Ya nadie podía abandonar las casas, donde la calefacción, gracias a desesperados esfuerzos de las centrales y hornos nucleares, había subido unos pocos grados. Muy pocos para alimentar esperanzas. Pero al menos, se vivía aún. Las autoridades señalaron que tal esfuerzo no se podría mantener más allá de tres días.

Marcia Hanley no habló. Parecía reflexionar sobre la grave situación del mundo en coma. Aldo Kane, entretanto, proseguía hablando:

—Están tratando de encontrar algún apunte, algún rastro revelador entre los objetos y el material del profesor Kelhov. Los más sagaces hombres de ciencia luchan por saber en qué consistía el hallazgo de Kelhov.

—¿Y para qué? —preguntó amargamente la joven. ¿Esperan obtener una contraarma?

—Todo puede tener su contraarma, Marcia. Pero, sobre todo, buscan la forma de crear este frío artificialmente, tal y como parece ser que lo logró Peter Kelhov.

—¿Con qué fin?

—Con el de enviar naves a Mercurio, provistas de ese ingenio. Sería el medio ideal de contrarrestar la fuerza solar. Si esa barrera antitérmica es capaz de congelar la Tierra, será capaz de salvar del fuego solar a cualquier viajero del espacio.

—Kane, trabajan todos sobre simples teorías, sobre cosas sin fundamento real. Suponga que está equivocado en todo. ¿Qué sucederá entonces?

—Que moriremos helados, o que de repente volverá el calor estival —gruñó Aldo con sarcasmo—. Pero mucho me temo que sea el único recurso que tenga más probabilidades de éxito, amiga mía.

—Dios mío, es terrible saber que una ha de morir… tan joven y llena de vida, de ilusiones y esperanzas… ¡No quiero morir, jefe!

—Yo tampoco, Marcia —declaró roncamente Aldo—. Nadie quiere morir en realidad. Pero el desear la vida no basta. Yo, Marcia, esperaba ser feliz, una vez resuelto el caso Kelhov. Me había hecho el firme propósito de… de cambiar de vida. De crear un hogar, en suma.

—¿Es que pensaba casarse? —se sorprendió ella, turbada.

—Sí. Pensaba casarme.

—¡Jefe! No me dijo que estuviera enamorado de ninguna chica…

—Son cosas que no se hablan, y menos con la secretaria de uno —sonrió—. Pero dejemos eso. No es momento de hablar de bodas, cuando las campanas van a repicar pronto a muerte…, si es que alguien queda con vida para agitarlas un poco al perecer los demás…

—El fin del mundo —se estremeció Marcia—. Es espantoso… ¡Esperarlo así, sin poderlo evitar, sin lograr nada, por mucho que uno se desespere!

—Es espantoso…, pero inevitable. Sólo Dios, en sus designios, sabe lo que puede esperarnos en ese oscuro y helado futuro…

* * *

Era el anochecer más terrible y amenazador que jamás viviera el mundo. Como en los umbrales de un mundo de tinieblas, el Sol se ocultó tras el horizonte. Miles, millones de ojos angustiados vieron

desaparecer su débil disco rojo. Se preguntaron si volverían a verlo. Si no sería el último segundo del Sol sobre la Tierra viva…

La temperatura seguía descendiendo Muy lentamente…, pero descendía. Y con ella, la fe, la esperanza, la moral de los hombres en una hipotética salvación.

La última noche, tal vez, comenzó…

Las sombras de la postrera noche del mundo cayeron sobre las tierras nevadas, sobre los seres ateridos y sin alma, que vagaban como espectros sobre su planeta.

Mientras en los laboratorios subterráneos, combatiendo el frío, el sueño, la fatiga y el desaliento, un puñado de hombres notables, de grandes físicos, astrónomos y químicos, luchaban por lograr algo positivo esperanzador.

Aldo Kane caminaba por la nevada alfombra de las avenidas urbanas. Era el único ser que se arriesgaba a pisar las calles, a desafiar el frío aterrador de la noche solitaria, trágicamente desierta y silenciosa, por doquier.

A pesar de sus gruesas ropas de abrigo, el frío le perforaba como un millar de agujas de hielo atravesándole el cuerpo. Impertérrito, él seguía adelante. Los motores de los vehículos estaban congelados, y resultaba difícil conducirlos. Por eso prefería utilizar sus piernas. La sangre era más cálida que los combustibles. Resistía más el organismo humano que las simples máquinas, por perfectas que fuesen.

Pero aquella noche a Aldo Kane le aguardaba una sorpresa. Una grata sorpresa, en medio de las dramáticas horas de angustia, como compensación a su espíritu de sacrificio.

Cuando pisó las cámaras, ligeramente caldeadas, de los laboratorios subterráneos, fue el rostro lívido y ojeroso de Kent Yordan el primero que vio. El militar alzó hacía él sus pupilas cansadas y gimió:

—Kane, ¡gracias a Dios que le veo! ¡Entre, por Dios!

—¿Qué sucede? —inquirió Kane—. ¿Algo nuevo?

—Ellos dicen que sí. Los sabios, ya me entiende… —Se pasó una mano nerviosa por la frente húmeda—. Han encontrado algo… en el laboratorio de Kelhov…

—¡Cielos! —Aldo pegó un respingo—. ¿Eso es cierto?

—Sí, es cierto… Pero no sé lo que sacarán en limpio…

Kane pasó como una exhalación junto a Yordan, olvidándose incluso del respeto que el alto jefe merecía. Éste, alicaídamente, le siguió sin preocuparse tampoco por los protocolos.

El joven investigador penetró igual que una tromba en los laboratorios, y se abalanzó sobre el profesor Ohkers, que se encargaba de dirigir los trabajos.

—¡Profesor Ohkers! —gritó Kane—. ¿Es cierto lo que he oído? ¿Qué han encontrado en el laboratorio de Kelhov?

El sabio se volvió hacia él lentamente. Le estudió en silencio unos momentos, y luego esbozó una leve sonrisa amarga.

—Nada que resuelva nuestras cuitas, señor Kane. No alimento esperanzas… Han sido unas anotaciones en clave, hechas por Kelhov en una pizarra metálica que guardaba entre otros objetos. Esas anotaciones corresponden a un electrocondensador de alta frecuencia, capaz de emitir poderosas ondas de frío que envuelven en una capa antitérmica a cuanto rodean. Pero no hay aparato capaz de abarcar un mundo entero, amigo mío.

—A pesar de todo…, ¿podría reconstruirse ese aparato, profesor?

—Hay más que eso. Ha sido reconstruido ya.

—¿Qué? —estalló Kane, vibrante—. ¡Repita eso, por Dios!

—Ya se lo he dicho. Lo hemos reconstruido. Las anotaciones en clave eran sencillas de traducir y de llevar a la práctica. Pero no creo que necesitemos precisamente generadores de frío en estos momentos. Y aun suponiendo que sea esto lo que creó el profesar Kelhov a una escala colosal, para atacar al mundo nuestros enemigos, ¿qué hemos resuelto con ello? Absolutamente nada. El aparato se carga por sí solo con la energía que genera, al crear la barrera helada. Un mecanismo así, a tamaño ciclópeo, no tendría contraarma. Solamente el propio Sol podría enfrentarse a ese poder. Pero ¿quién hay capaz de llegar al Sol y provocar una convulsión capaz de perforar la barrera fría? Absolutamente nadie, Kane…

Aldo Kane no respondió. Una idea absurda, fantástica, inverosímil, germinaba en su mente. Pero no lo expresó. No podía hacerlo, o le hubieran quitado semejante idea de la cabeza.

Solamente tras un silencio, inquirió con aire despreocupado:

—Me gustaría examinar ese aparato, profesor. ¿Puedo verlo?

—Naturalmente. Hemos dejado de trabajar en ello. Sin embargo,

eso ha confirmado sus palabras ante el Consejo Científico, y seguimos trabajando para tratar de hallar algo, aunque, poco a poco, las posibilidades disminuyen, y con ellas nuestra propia fe en el esfuerzo de todos.

Kane contempló poco después el aparato creador del frío. Era un pequeño artefacto cubicular, ligeramente alargada, de color gris, provisto de una larga rejilla, y una hilera de botones laterales, en número de cinco. Se le explicó el funcionamiento. Un sabio añadió que podía obtenerse con aquel sencillo aparato hasta miles de grados bajo cero, solamente con forzar su funcionamiento. Pero con él no se podría estar más allá de una barrera esférica, en torno a un punto central donde se hallara el aparato, de unos diez metros de diámetro.

Aldo Kane ocultó su excitación. Todo compaginaba hasta entonces con sus proyectos, Pidió el aparato para estudiarlo en su propia casa durante aquella noche. Expuso una enigmática excusa que escuchó Ohkers con aire imperturbable:

—Tengo cierta idea sobre este aparato, que podría sernos útil. Pero necesito estudiarlo. Ustedes lo han hecho como científicos. Yo quiero hacerlo como profano…

—Está bien. Lléveselo. Pero cuidado con su manejo, o morirá mucho antes que el resto de los mortales —sonrió Ohkers—. En circunstancias normales, no correría el riesgo de cederle un mecanismo de muerte así. Pero ahora me parece que ya no tiene la cosa demasiada importancia.

Aldo Kane tomó consigo el peligroso descubrimiento del profesor Kelhov. Salió de los laboratorios, tras ser informado de que los intentos por provocar una reacción climatológica a base de grandes proyectiles rompedores, de cabeza termonuclear, enviados a la estratosfera, habían fracasado por completo. Desesperanzadamente, se trabajaba en otro proyecto. Pero nadie parecía tener demasiada fe en él.

Kane no partió directamente hacia su casa con el fatídico generador de frío. Se detuvo antes en la Central de Investigaciones del Espacio. No había absolutamente nadie, salvo un par de empleados asustadizos y encogidos por el frío, que después de ver su pase especial, le permitieron ir a la Sección de Material del Espacio. Aldo Kane tomó consigo determinadas piezas de metal

bruñido, brillantísimo. Eran piezas fabricadas en un metal flexible, elástico y muy plegable, que redujo a simples paquetitos ceñidos por bandas de acero. Cuando tuvo cuatro de estos bultos, los unió al aparato generador del frío, y con todo ello salió de la Central, después de consignar en el Libro-Registro la naturaleza de los objetos tomados:

«Cuatro Espejos Solares de metal flexible».

Cuando partió a través de la noche nevada y glacial, los somnolientos empleados de la Central de Investigaciones, de la que Aldo Kane, como investigador privado y astronauta oficial era miembro, no podían imaginar cuál era el osado e increíble destino de aquel hombre.

* * *

Ya estaba todo dispuesto.

Aldo Kane contempló la caja gris, metálica. Enigmática y extraña, allí, en medio de la cámara circular. Junto a él, las cuatro piezas de metal flexible y ligero, pero intensamente bruñido, todavía empaquetadas.

Confiaba en no haber despertado a Marcia Hanley con sus idas y venidas por la casa, en plena noche. Una de las veces se detuvo junto a la puerta metálica que aislaba del resto de la casa el ala del edificio que ocupaba ella, y no observo la menor señal de que Marcia hubiera despertado.

Respiro aliviado. Era mejor así. Mucho mejor. La aventura que iba a emprender era un puro disparate, dictado por la desesperación del hombre, en una lucha que sabía perdida.

Era un viaje que terminaría, indefectiblemente, en la muerte. El ultimo salto de un acróbata audaz, la última pirueta de un héroe sin miedo a morir…, pero ansiando salvar a los demás del trágico final que a él le esperaba.

Si lo lograba…, el precio sería muy pequeño. Una vida humana, la suya, a cambio de la de millones de seres humanos. Y entre esos seres Marcia Harley… Sí, Marcia Hanley…

Ella no sabría nunca que era la elegida de su corazón, la muchacha a quien pensó pedir fuera su esposa, de haber ido todo bien.

Pero esto no fue posible, ni nunca lo sería ya.

Éste era el fin. El suyo…, el de todos tal vez, a pesar de su sacrificio. Sería mejor así. No quería despedirse de Marcia, no quería dejarle una carta o una cinta magnetofónica con un adiós en el que ella adivinase su secreto.

Era mejor que lamentara la muerte de su jefe…, que el fin de un hombre que la amó en silencio durante tanto tiempo.

Aldo Kane suspiró, penosamente. Miro las paredes de su casa. Era la última vez. No volvería jamás a ella. Ni a la Tierra. Contempló la nieve, le azoto el frío aire y se estrellaron copos helados en su cara, cuando cruzó la terraza hacía su pequeña nave escarlata, posada sobre la nieve, en un contraste vivo de color.

Abrió la portezuela de nuevo. Se encontró dentro de la cabina. Con la caja metálica y los cuatro espejos solares plegados. Tomó asiento ante el instrumental con gesto sombrío. Miró hacía los cielos, negros y sombríos. Los mandos estaban ya fijados en una dirección. La marcha de la nave tenía ya graduada la ruta hacía un lugar concreto del Sistema Solar.

Ahora ya no cabía retroceso. Cerró la puerta de la cabina con el control de seguridad. Apretó los labios, con expresión sombría y dura. No volvería a pisar suelo alguno.

Éste sería el vehículo de su gran aventura. Y, a la vez, el ataúd para Aldo Kane, el héroe terrestre. Un féretro en el espacio… navegando hacia su final.

Oprimió los resortes del motor nuclear. Esperó, presionando sus mandíbulas fieramente. Los reactores atómicos se calentaron, tras una larga espera y varios intentos fallidos. Luego el aerocohete de Kane estuvo en disposición de partir.

Su mano derecha fue firmísima, hacia los mandos. Los oprimió con fuerza.

El rojo cohete espacial levantó su proa. Salió disparado hacia el espacio. Entraron en acción su «anti-gravitatorio» y el sistema superaceleración movidos por el audaz piloto de la nave.

Arrancó igual que una flecha escarlata, hacia la negrura del infinito.

Iba hacia su destino, despegándose vertiginosamente de la Tierra.

—Adiós, Marcia… —musitó a flor de labio, cerrando los ojos.

Su destino era Mercurio. Y la ruta… ¡hacia el Sol!

CAPÍTULO VIII

¡VIAJE AL SOL!


uedó Venus atrás.

La «supervelocidad», situada en su tope, lanzaba el proyectil como un centelleo inmaterial a través de los cielos, alcanzando casi la velocidad de la propia luz.

Pero Mercurio todavía estaba lejos.

Era aquella roja y diminuta esfera distante, situada como bajo la protección solar, y el astro rey la envolvía en su fuego fabuloso. Kane sabía que cuando lograra alcanzar la barrera fría, aquel mismo fuego acabaría con él.

Ahora sabía que la ruta era la cierta. Que la teoría de los científicos terrestres al fijar Mercurio como origen de los invasores interplanetarios no estaba equivocada. Había podido descubrir las tempestades terribles de Venus, su helada superficie, afectada también por aquella colosal barrera antitérmica, que frenaba el

calor y la luz solares, en su marcha inmutable hacia todos los mundos que giraban en torno suyo.

Kane vestía ahora el traje refractario, y se había aplicado las gafas antisolares, de gran potencia. Pero éstas se utilizaban solamente en las excursiones terrestres a Venus. Más allá de dicho planeta, no tendrían efecto alguno.

A pesar de la invisible barrera proyectada al espacio por gigantescos generadores de frío, y que sin duda tenía su origen en Mercurio, ya la luminosidad solar empezaba a hacerse intolerable, aunque su calor no llegara a él con la intensidad normal.

Aldo Kane despegó los espejos solares, de centelleante superficie bruñida. Los dispuso en forma de cilindro, dentro del ancho tubo de disparo de proyectiles, vacío de ellos a la sazón.

Luego, sentándose ante los mandos, entornó los ojos, fijos en el Sol y en su pequeño vecino, Mercurio, el rojo planeta ardiente que, en su faz opuesta, ocultaba la terrible plaga invasora, en cuyo poder estarían ahora, vivos o muertos, Kelhov y otros terrestres suplantados.

Aldo Kane sabía ya que la barrera antitérmica y antilumínica que envolvía a Venus y la Tierra, solamente desde allí pudo ser dirigida. Como sabía que esa barrera terrible, invento del infortunado Kelhov, que «ellos» habían debido de confeccionar, dotándolo de unas dimensiones colosales y de una fuerza estremecedora, no tenía contraarma eficaz alguna. Si el propio Sol no lograba aniquilarla, ninguna fuerza, por mucho calor y energías que generase, sería capaz de perforarla o rasgarla.

Sólo quedaba, pues, un camino: tratar de aniquilar a los que creaban ese frío. Si los enemigos eran vencidos, sería vencida también su arma. Si no… su esfuerzo, su sacrificio, habría resultado estéril por completo, y la Tierra, moriría igual.

Pero era preciso intentarlo. Y lo estaba intentando.

De haber hablado a los científicos o a las autoridades de su viaje hacia Mercurio, le hubieran negado toda autorización. Ningún hombre había llegado jamás a Mercurio. Y no porque los vehículos espaciales del año 2018 no fueran capaces de arribar al planeta, sino porque el calor del Sol, su proximidad abrasadora, lo impidieron siempre.

Por tanto, él era el primero, el único hombre que viajaba ahora

directamente hacia el Sol. Sería también el último. Pero eso ya no importaba.

Contempló serenamente desde su asiento la negrura inmensa de los cielos, y la roja esfera solar brillando en su centro, como una bola ígnea que lo engulliría sádicamente en cuanto llegase a la altura de Mercurio.

Ni sus «antigravitatorios» podían contrarrestar la terrible fuerza de atracción del Sol, ni la gravedad levísima de Mercurio.

El tamaño del Sol crecía, crecía y crecía por momentos… La nave, a su máxima velocidad, perforaba miles de millas por minuto, hacia su destino inexorable…

Fue una repentina sensación de inquietud, La seguridad de que no estaba solo allí dentro, en la nave del espacio. Por un momento, le pareció que era una simple alucinación, fruto de sus nervios en tensión.

Pero la sensación persistió. Se volvió, rápido.

La vio allí. Tras de él, sigilosa. Muy pálida y llena de temor…

—¡Marcia! —aulló Kane, dilatando con vivísimo horror sus ojos —. ¡Oh, no, Marcia! ¡Dios mío! ¿Qué hace usted aquí?…

—Jefe… —musitó ella, estremeciéndose—. No…, no me diga nada, por favor. Ahora veo lo que intenta… Sí, lo veo claro…

—¡No intento nada! —rugió Kane—. ¡Volveremos a la Tierra! ¡Tengo que devolverla a la Tierra, Marcia! ¡Usted no puede venir conmigo en este viaje!

—No, por Dios —suplicó la joven, precipitándose Hacia él—. ¡Eso no, Kane! Yo… yo sospechaba ya algo así… Estaba segura de que haría una locura…

—No la voy a hacer. Tal vez este tiempo perdido sea precioso, pero si hago esa locura, seré yo solo. Yo sólo afrontaré los riesgos. ¿Cómo entró aquí Marcia?

—Le oí los preparativos. Salí sigilosamente de mis habitaciones, cerrando para que no sospechara que le vigilaba. Entré en la nave mientras usted iba por la casa recogiendo cosas para el viaje. Tuve miedo de que intentara algo desesperado, y resolví quedarme a bordo, oculta en el compartimento de atrás. Cuando he conectado el visor y he observado hacia dónde vamos, no he necesitado más…

—Entonces huelgan explicaciones, Marcia. Ya sabe adónde voy. Y por qué no puede ir usted. Volveremos a la Tierra. Ha cometido

un gran error metiéndose aquí, Marcia. Es la primera vez que no ha sabido ser una buena secretaria…

—No podría serlo aunque quisiera. Y no volveré a la Tierra, aunque me lleve, Kane —aseguró firmemente ella—. Ahora que usted quiere morir, que se dirige a un final inevitable…, ¡yo quiero ir también, quiero morir junto a usted!

—Marcia, ¿se ha vuelto loca?

—Es posible. Loca por ti, Aldo. Te amé siempre.

—¿Eh?

—Ahora puedo decirlo, Aldo. Ante la muerte, todos los humanos somos extrañamente iguales. No me importa ya revelarte la verdad de mi corazón. Toda mi vida estuve enamorada de ti, Aldo. Y si has de morir, sí has de sacrificarte por los demás…, quiero también sacrificarme contigo. Morir a tu lado es lo único que deseo.

—Oh, Marcia, Dios santo…, ¿por qué hiciste esto? —gimió Kane, estremecido—. Yo… hacia esto por los demás… y por ti.

—¡Aldo!

—Sí. También te amo hace mucho tiempo. Eras tú la muchacha a quien iba a pedir que se casara conmigo. ¿Crees que podía haber otra en el mundo para mí?

—¡Mi vida, qué locos estuvimos, y qué ciegos, de no revelarnos nuestro mutuo amor!

—Sí, Marcia. Completamente locos —la oprimió contra sí tiernamente—. Pero te lo ruego, por nuestro amor, Marcia… Por nosotros. ¡Vuelve a la Tierra! ¡Regresa allí, te dejaré…!

—No, Aldo —aseguró firmemente ella, rodeándole con sus brazos y clavando los ojos valerosamente en el espacio, en la esfera roja hacia la que se movían vertiginosamente—. Sigo a tu lado hacia el Sol… Será una muerte hermosa… Una muerte como jamás nadie pudo soñar. Dos enamorados sepultándose en el fuego eterno del Sol, para librar de la muerte a la especie humana…

—Suena a epopeya, Marcia, pero no lo es. Siempre es penoso morir… y más cuando se ha descubierto la felicidad, que uno tuvo tan cerca, sin saberla adivinar ni alcanzar…

—Aldo, no insistas más —ocupó el asiento inmediato al suyo—. Me quedo aquí. A tu lado…, hasta el fin.

Le sonreía abierta, radiantemente. Como si morir de ese modo la hiciera feliz. Y acaso era así después de todo.

—Estamos llegando cerca de Mercurio —dijo roncamente Kane, tras un silencio—. He de poner en funcionamiento la barrera fría de mi nave…

Se acercó a la caja gris, el invento prodigioso de Kelhov, tan mal utilizado para la destrucción de la Tierra por los seres que pretendían invadirla desde su mundo helado y cruel.

Lo puso en funcionamiento, situándolo después en la cabina de emergencia superior, sobre la vidriera de la cabina de tripulación. Bastó entreabrir ligeramente la segunda cúpula superior, para que las radiaciones de la caja brotaran en amplio círculo, envolviendo a la nave en una gran esfera movible, de temperatura frigidísima, que acompañaría al cohete hasta su destino.

Kane descubrió en seguida, en los termómetros electrónicos del exterior, el descenso fantástico de la temperatura. Respiró hondo, y oprimiendo un brazo de Marcia con mano firme, musitó:

—Ya tenemos nuestra arma antisolar en funcionamiento. Dios quiera que resulte, que podamos contrarrestar el calor del Sol. En cuanto rebasemos Mercurio, iremos directamente hacia el sol. Y necesito estar junto a Mercurio, e incluso un poco alejado de él, fuera de la barrera de frío creada por ellos, para hacer lo que he planeado.

—Confío en ti, Aldo —musitó ella dulcemente—. Sé que lo conseguirás… o no estarías ahora aquí. Siempre has alcanzado cuanto te propusiste.

—Siempre… deja de ser una palabra con sentido cuando algo falla. Y esta vez será la excepción, Marcia. Es tan fantástico que no puede resultar, estoy seguro…

Refirió a la joven todo lo sucedido últimamente, desde el hallazgo de los científicos, al interpretar los apuntes del profesor Kelhov, hallados en la pizarra metálica de su laboratorio, acaso como póstumo mensaje por si algo le sucedía en la Luna. Su previsión fue, así, profética en realidad.

Marcia le escuchó con profundo interés, en el mayor de los silencios, mientras la astronave de Aldo Kane seguía perforando el espacio bajo la luz violenta del ya cercano astro…

—Y así Marcia, ahora la única esperanza de salvar al mundo de su final radica en que…

Aldo Kane no llegó a terminar su explicación.

Súbitamente, con violencia imprevista de todo lo trascendental, algo pareció rasgarse ante la proa, de la nave.

No fue una cosa sólida ni tangible, sino una barrera inexistente, invisible. Pero la nave se estremeció, con una sacudida, y la temperatura aumentó terriblemente en torno.

La luz del sol se hizo tan cegadora que casi les abrasó las pupilas. Marcia se aplicó rápidamente la mayor graduación de sombra en las gafas antisolares, lo mismo que Aldo, sorprendido por el impacto, al atravesar la muralla intangible del frió.

Mercurio, rojo y bañado en el fuego solar, aparecía muy próximo a la nave, como un insignificante satélite del astro rey, gigantesco, amenazador y orgulloso de su poderío.

Los ojos de Aldo se clavaron en el pequeño planeta, el más diminuto de todo el Sistema. Mercurio se mostraba desolado, inofensivo y yermo, bajo la luz ardiente del sol, virtualmente abrasado su suelo, calcinada su tierra roja y sin vegetación, de la que el fuego parecía brotar casi con igual fuerza que del propio globo solar, inmenso y aterrador.

La barrera antitérmica de a bordo parecía incapaz de resistir el impacto de aquel calor. La temperatura subió como si fuera espuma, dentro de la nave. Pero el metal, protegido por el frío artificial inventado por Kelhov, no se derretía ni estallaba bajo la lluvia pavorosa de luz y de calor.

El cielo entero ahora parecía rojo, amarillo y cobrizo, en un mar dantesco y delirante de luces y de fulgores cegadores. Un pintor se hubiera quedado absorto ante aquel espectáculo de cíclopes, de titanes planetarios, en el que la naturaleza creaba hasta la saciedad tonos y colores inverosímiles, de violenta y cegadora belleza.

Pero Aldo Kane no tenía en esos momentos ojos de artista para contemplar el alucinante espectáculo de su nave, en rumbo directo hacía el Sol. Presionando brutalmente, hasta casi destrozarlos, los resortes de antigravitación lograba sostener a su nave próxima a Mercurio, buscando ser atraído por éste antes que por el Sol.

La nave batallaba incansable.

Era mucho lo que debía aproximarse al pequeño mundo para ser ganado por su escasa gravedad y soslayar la más poderosa y absorbente del centro planetario.

El pigmeo luchaba con el titán ingente. El hombre, apenas una

partícula de polvo, contra la montaña colosal e inaccesible. Ése era el duelo tremendo entablado.

Pero dentro de ese duelo había otro más al alcance de la mano de Aldo Kane. Y era el que intentó acto seguido.

Su mano aferró los mandos de disparo del cañón nuclear. Oprimió el botón. Una, dos veces. Luego esperó.

Dos láminas de finísimo y flexible metal centelleante, que salieron como proyectiles al espacio, se inmovilizaron pronto en el vacío, sobre la superficie de Mercurio, planeta sin atmósfera.

Se desenrollaron, perezosas, comenzando a flotar en círculo en torno a Mercurio, como grandes láminas centelleantes e inmóviles, que Kane situó con una inclinación especial, haciendo pasar a su cohete junto a las hojas metálicas disparadas.

Ya estaban en su órbita, y ahora girarían en torno a Mercurio, de tal forma que dentro de escaso tiempo alcanzarían la zona de sombra. Por si alguna de ellas se desviaba de su órbita actual, Kane disparo las dos restantes.

Antes de que ninguno de los seres de Mercurio pudiera defenderse de aquella lluvia de fuego o enmendar el emplazamiento y radio de acción de la barrera fría, que ellos habían establecido fuera de su planeta, en torno a Venus y la Tierra, aquellos cegadores y ardientes espejos llenarían de un sol tórrido, calcinador, su superficie, aniquilándoles debido a su naturaleza, tan sensible al calor, su gran enemigo implacable.

—¡Kane, están en órbita esos espejos! —gritó Marcia triunfalmente—. ¿Crees que serán un arma eficaz contra «ellos»?

—Estoy seguro, Marcia. Si de algo me siento plenamente seguro es de eso. Unos segundos tan sólo bastaron para que muriesen en la Tierra, al tomar su forma habitual. Aquí, en su ambiente y con su forma de siempre, en cuanto reciban esa luz, a una temperatura mil veces o más, superior a la de la tierra, se achicharrarán en cuestión de momentos. Son por lo menos cinco mil grados de calor los que van a soportar cuando esos espejos solares lancen la luz del sol que jamás vieron, encima mismo de sus asquerosos cuerpos…

—¿Y Kelhov y los demás, Kane? —preguntó roncamente Marcia.

—No podemos hacer nada por ellos —suspiró Aldo Kane—. En realidad, murieron ya al ser raptados por esos monstruos, de quienes tal vez nunca se sepa cómo llegaron a la Tierra, y como

desarrollaron su audaz plan de invasión. Tampoco hemos llegado a saber cuál es su forma de vida, sus ciudades y su ambiente, que me imagino espantoso, a juzgar por ellos mismos. Pero son inteligentes, terriblemente inteligentes y poderosos, cuando han logrado ampliar a tal escala, y en tan escaso tiempo, el mal hallado invento del profesor Kelhov. Por eso es mejor que mueran…, que desaparezcan para siempre. Nosotros no tendremos que preocuparnos por ellos, ya que vamos a seguir su misma suerte…, pero el mundo respirará tranquiló, Marcia. Volverá el calor la luz y la vida… Demos gracias a Dios, Marcia, de haber logrado lo que deseábamos.

—Sí, Aldo. Yo doy gracias a Dios por eso… y por morir a tu lado…

Kane le sonrió dulcemente. Sus labios se unieron y sus manos se apretaron.

Cerraron los ojos, mientras la nave iba perdiendo ya el contacto con la atracción de Mercurio, ganados por la pavorosa, mortífera atracción del Sol.

Así unidos, no mirarían hacia su flamígero y espantoso destino. No sentirían como eran engullidos por el fuego eterno y devorador del astro que daba vida a los planetas en torno suyo.

Y el mar de llamas, una vez absorbida la nave diminuta, insignificante, con dos vidas jóvenes en su interior, se cerraría de nuevo para ocultar la huella de su voracidad sin límites…

Capítulo IX

EL Fin



esultó una tremenda sacudida, un impacto aterrador…

Aldo Kane abrió los ojos. Marcia también. Estrechamente enlazados el uno al otro, miraron ante sí, mientras rodaban por la nave bamboleante, esperando ver cómo las monstruosas lenguas de fuego avanzaban hacia ellos, para devorarlos.

No era eso lo que sacudía su aerocohete, ni era el Sol quien producía aquel terrible estruendo.

Era allí mismo, junto a ellos, en el planeta Mercurio.

Los espejos solares habían desaparecido ya de su vista, tras el horizonte curvo del planeta. Y allá, al otro lado de ese horizonte que delimitaba la existencia de dos mundos antagónicos, uno de luz y de fuego, sin posible vida en él, y otro de un frío glacial, en eternas sombras, habitado por feroces y tenebrosos seres

inteligentes y dominadores, estaba desintegrándose algo con pavorosa violencia.

Enormes cráteres debían de abrirse en la superficie helada, grandes seísmos y hecatombes geológicas sacudían el interior de Mercurio, bajo la acción condensadora de la energía solar en los Espejos.

Aldo Kane y Marcia, se incorporaron dificultosamente. Vieron surgir, tras el horizonte, nubes de denso humo, fulgores y llamaradas que debían alcanzar tamaños titánicos, aunque junto a las rugientes iras solares pareciese simple juego de niños.

Jamás imaginó Kane que su proyecto pudiera desencadenar tal caos en el oscuro hemisferio desconocido de Mercurio. Pero lo que sí era fácil imaginar era la suerte de sus habitantes nauseabundos, bajo aquel impacto demoledor de la luz y calor solares reflejados por el metal condensador que, a guisa de gigantesca lupa les enviaba chorros incontenibles de fuego.

—¡Está destrozándose todo! —gritó Marcia, horrorizada. ¡Va a saltar el planeta entero en pedazos!

—No, Marcia —dijo Kane, con firmeza, atrayéndola contra sí—. No llegará a tanto. Pero la vida cruel y repulsiva, que ahí existía, está agonizando ahora con mayor rapidez de lo previsto. Ellos no fueron capaces de destruirnos con su barrera de frío, arrebatada al ingenio de nuestros propios semejantes, y, en cambio, nosotros utilizamos al fuego para acabar con ellos. El mismo Sol que pretendieron robarnos, en un secuestro único en la historia de la Humanidad, ha servido para aniquilar a su pueblo sombrío y feroz. Eso te demuestra, Marcia, que yo tuve razón. Ésta es la Creación de Dios. Y Dios me utilizó como instrumento para mantener Su Ley en el Universo… Ahora, Marcia querida, podemos morir con la felicidad de haber logrado lo que intentamos: salvar a nuestro viejo y querido mundo.

—Oh, Kane, mi vida… —Se acurrucó en él, sollozando—. No quiero morir… pero a tu lado, no tendré miedo ni siquiera a la muerte. Vamos allá, amor mío…

Aldo Kane asintió, con una postrera mirada al caos que se desarrollaba allá, en la cara oculta de Mercurio.

Luego, se dispuso a cerrar los ojos y junto a Marcia, volver al final. Al salto final hacia el Sol…

—Sí, Marcia —suspiró—. Vamos ya…

* * *

No llegó a cerrar los ojos.

Por el contrario, los dilató con asombro, cuando advirtió que el rumbo de su nave había variado en el cuadro de mandos.

Las agujas señalaban una caída en vertical… pero no hacia el Sol. ¡Caían hacia Mercurio!

Eso solamente podía significar una cosa. Y en el aturdido cerebro de Kane, esa idea se abrió paso dificultosamente, mientras vacilaba, sin saber en concreto qué hacer.

Significaba que la atracción mínima de Mercurio había logrado hacer presa en ellos, tal vez porque la onda explosiva de la caótica convulsión en el hemisferio en sombras, provocó una desviación involuntaria en la nave de Kane, y ésta penetró en su campo gravitatorio, siendo velozmente absorbida por la gravedad de Mercurio.

El ronco y jubiloso grito de Kane sobresaltó a Marcia ajena al milagroso suceso, que se apartó de él, asombrada, mirándole sin comprender lo que ocurría.

Aldo se lo gritó, temblando de emoción, al tiempo que señalaba al indicador de rumbo:

—¡Caemos, Marcia… pero no al Sol… sino a Mercurio! ¡Podemos salvarnos! ¿Lo entiendes, querida? ¡Podemos salvamos todavía!

Y como un poseso, se precipitó sobre los mandos. La masa, o peso de Mercurio, estaba en la proporción de 0.05, con respecto a la unidad que representaba la Tierra. Y el volumen no era superior al 0.06, en el mismo cuadro de proporciones. Por tanto, la masa de la astronave era, en comparación, mucho mayor sobre Mercurio, pero la razón directa de sus masas era menor, y así la gravedad del planeta les hacía caer con muy escasa velocidad.

Aldo Kane confió en ese descenso lento para poder maniobrar desesperadamente en los mandos. No quería caer en Mercurio, pues sería una muerte tan cierta como caer en el mismo Sol. Tan sólo, su poderosa barrera antitérmica les protegía momentáneamente de la ardiente, abrasadora proximidad del astro solar y del calcinado

Mercurio. Pero en la caída no habría protección posible, y morirían achicharrados.

La salvación únicamente podía estar en su rapidez de maniobra con el aerocohete, para impedir el choque, sin desprenderse de momento de la atracción de Mercurio, con objeto de intentar posteriormente despegarse de ella, pero con rumbo hacia Venus y la Tierra.

Fueron momentos de gran tensión y angustia los que siguieron.

La superficie achicharrada de Mercurio, de un rojo violento y desolador, con montañas y cumbres totalmente peladas, donde posiblemente la tierra herviría y las rocas serían como carbones encendidos, se acercaba a ellos con una rapidez que, a su impaciencia, se le antojaba vertiginosa.

Logró enderezar el morro del vehículo, cuando ya se precipitaba hacia una especie de gran mancha o continente apocalíptico, y los reactores nucleares comenzaron a silbar, expeliendo chorros de fuego, contrarrestando la gravedad de Mercurio. Al mismo tiempo, los mandos antigravitatorios de a bordo comenzaron a entrar en acción, bajo las manos férreas de Aldo Kane.

Muy lentamente, la nave comenzó a despegarse de Mercurio, a huir de éste, en dirección opuesta al Sol, en una titánica lucha por escapar a la absorbente atracción de éste.

Era una triple pugna entre la gravedad solar, la de Mercurio y la «antigravedad» que todas las naves de la Tierra poseían, y que siempre tuvo éxito en vuelos normales de un planeta a otro. Pero jamás ser alguno había logrado llegar tan cerca de la sima de fuego que era el Sol.

Nadie, hasta entonces, intentó cosa parecida a la audacia suicida y desesperada de Aldo Kane…

Marcia Hanley lanzó un grito de incredulidad, de asombro, de estupor infinito, cuando vio cómo el vehículo espacial de Aldo Kane comenzaba su despegue de Mercurio y también del enorme disco rojo del Sol.

Como una piedra a través del espacio, la nave se lanzó vertiginosa hacia la distancia, hacia Venus, la Tierra y todo lo demás…

Estaban regresando al planeta Tierra. Y ya no encontrarían la helada tierra moribunda que dejaran al partir. De nuevo su mundo

volvería a ser hermoso, prometedor y lleno de vida. La jubilosa luz y el calor del Sol, inundarían de nuevo ciudades y campos.

—Aldo… —musitó Marcia, reclinando su cabecita fatigada sobre su pecho—. Todo esto me parece increíble… Volver a la Tierra… contigo. ¿No estaré soñando?

—No, querida, no sueñas. Es verdad. Dios ha querido que lo sea, y debemos darle gracias humilde, fervorosamente —suspiró Kane. Acarició sus suaves cabellos con ternura—. Todo va a ser ahora muy distinto, Marcia…

—Sí, Aldo. Pero todavía quedarán «invasores» allá abajo, ¿no crees?

—Con las pruebas de Rayos X caerán todos. Y los que no sean descubiertos así, recuerda que no pueden soportar más de unas semanas la temperatura terrestre. Morirán, descubriéndose por sí mismos. Han perdido, y a estas horas, su sueño de conquista murió con ellos y con su horrible mundo. Nunca sabremos cómo era realmente su pueblo, pero tampoco nos hace ninguna falta saberlo. Ya aprendimos demasiado de ellos para desear conocer otras cosas.

—Kane, ¿imaginas cómo van a recibirte en la Tierra? ¡Serás el héroe, el ser que salvó a todo el planeta del desastre, el hombre que ganó una batalla interplanetaria con sus solas fuerzas!

—No, Marcia. No soy tanto como crees, ni quiero ser un héroe popular. Me siento satisfecho así. Oscura, calladamente, hemos luchado por algo que merecía la pena. No quiero que digas nada a nadie. Será un secreto. Nuestro secreto, Marcia…

—¡Pero, Aldo! ¡No puedes silenciar que a ti te deberá el mundo seguir viviendo!

—Claro que puedo —sonrió él—. Y lo haremos así. Ellos no tienen por qué saber lo sucedido. Aterrizaremos calladamente en casa, y mañana u otro día nos casaremos, para celebrar el triunfo de la vida sobre la Tierra. De nuestra propia vida… Pero nada más. Nadie sabrá nada. Todo habrá ocurrido… providencialmente. Como en realidad ha sido, Marcia.

—Aldo, no te comprendo. Pero eres maravilloso. Y prefiero estar casada con un hombre sencillo, que con un héroe mundial, a quien nadie dejaría en paz durante años. Además de valeroso, Aldo, eres muy inteligente y muy noble. Te quiero. Te querré toda mi vida.

—Y yo a ti, Marcia querida. Cuando hablemos de nuestro viaje

al Sol dentro de unos años, todo nos parecerá un sueño.

—Sí, Aldo, Y si les referimos esta historia a nuestros hijos, nos llamarán embusteros… —rió ella.

—Y nosotros tendremos que callarnos —dijo a su vez Aldo, con una leve carcajada.

Ambos se miraron con infinita ternura a los ojos.

La astronave avanzaba hacia la Tierra. En la distancia, Venus era visible. Sus hielos estaban derritiéndose. El Sol volvía a ser radiante en el espacio.

De súbito, Marcia preguntó algo que sin duda estaba torturándole la mente:

—Aldo, quisiera saber algo…

—¿Si qué, querida?

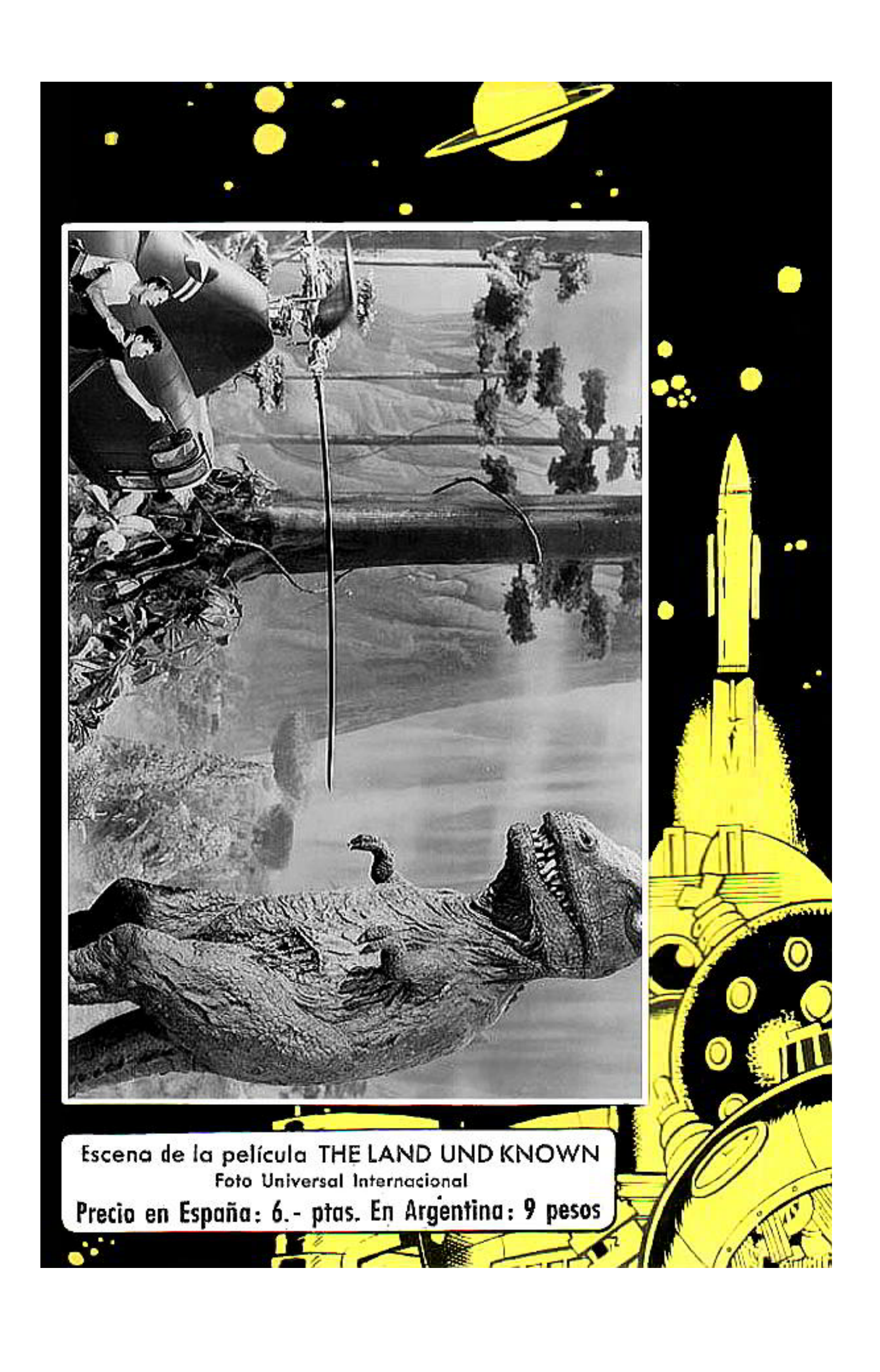
—Tu… tu declaración… ¿fue sincera? ¿O has obrado bajo el influjo de las circunstancias, y ahora mantienes tu palabra por caballerosidad conmigo?

—Mi querida tontuela, ¿cómo podría convencerte de que realmente te amo?

La tomó en sus brazos, y acercó sus labios a los de ella. Se unieron. En ese fugaz instante, la convenció de todo.

Y Marcia Hanley se sintió feliz. Realmente feliz…





Escena de la película THE LAND UND KNOWN
Foto Universal Internacional

Precio en España: 6.- ptas. En Argentina: 9 pesos



ENRIQUE
SÁNCHEZ
PASCUAL.
Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo

de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.

Notas

[1] Esta última línea resultó ser profética ya que el hombre piso la Luna diez años después; en el 21 de julio de 1969. (*Nota del corrector*). < <